

Audiolibro Resurrecci N De Le N
Tolst I Segundaparte Cap Tulos Xiv
Xxvii

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ¡Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Antonia Todd** (*Acton Vale*) - - - - XIV En San Petersburgo, Nejludov tenía que arreglar tres asuntos: en el Senado el recurso de casación de Maslova; en la Cámara de peticiones el recurso de gracia de Fedosia Birukov, y el recado de Vera Bogodujovskaia, consistente en enterarse en la Dirección de la gendarmería o en la tercera sección de policía, de los medios para conseguir que fuera puesta en libertad Schustova; y también, para una madre, la autorización para ver a su hijo, detenido político en la fortaleza de Pedro y Pablo. Para él, estos dos últimos asuntos no formaban más que uno; pero existía aún un cuarto: el de los sectarios arrancados a sus familias para ser deportados al Cáucaso porque habían leído y comentado el Evangelio. Se había prometido más a sí mismo que a ellos: hacer todo lo que le fuera posible para poner en claro la cuestión. Desde su última visita a Maslennikov, y sobre todo, después de su estancia en el campo, Nejludov experimentaba una repulsión profunda hacia el ambiente que, hasta entonces, había sido el suyo; hacia ese ambiente donde con tanto cuidado se ocultaban todos los sufrimientos que abruman a millones de seres humanos, con objeto de asegurar a un pequeño número comodidades y placeres; hacia ese ambiente donde no se ven y no se pueden ver esos sufrimientos y, por consiguiente, la crueldad y el desatino de esa vida. Ya no le era posible conservar la misma desenvoltura en sus relaciones con los hombres de aquel mundo, y sin embargo se veía arrastrado hacia él por las antiguas costumbres de su vida, por sus relaciones de amistad o de parentesco, y sobre todo por su preocupación de poder acudir en ayuda de Maslova y de todos aquellos cuyos sufrimientos conocía; y, para eso, tenía que solicitar el apoyo y los servicios de gentes a las que no sólo no estimaba en absoluto, sino por las que no sentía sino indignación y desprecio. Habiéndose alojado, a su llegada a Petersburgo, en casa de su tía, hermana de su madre, la condesa Tcharsky, mujer de un ex ministro, Nejludov se encontraba allí sumido en el centro mismo de aquel mundo aristocrático que se le había hecho tan extraño; y eso lo desolaba; pero no podía obrar de otro modo, porque si se hubiera alojado en un hotel habría ofendido a su tía y se habría privado, para sus empresas, del concurso más precioso; porque ella tenía numerosas y muy influyentes relaciones. —Bueno, ¿qué es lo que me han contado de ti? No sé qué cosas maravillosas —le preguntó la condesa Catalina Ivanovna, la mañana misma de su llegada, mientras le hacía servir el café—. Vous posez pour un Howard, (Célebre filántropo inglés.). ¡Socorres a los criminales, visitas a los presos! ¿Es que te has decidido a ir por el buen camino? —Nunca se me ha ocurrido eso. —Me parece muy bien. Entonces, ¿de qué se trata? ¿De alguna aventura novelesca? Vamos, cuenta. Nejludov contó sus relaciones con Maslova tal como habían sido. —Sí, sí, ya me acuerdo. La pobre Elena me habló vagamente de todo eso, después de tu estancia en casa de las viejas señoritas. ¡Pues no llegaron incluso a pensar en casarte con su pupila...! —La condesa Catalina Ivanovna había adoptado siempre una actitud desdeñosa respecto a la familia paterna de Nejludov—. De modo que se trata de ella, ¿eh? ¿Todavía es bonita? La tía Catalina Ivanovna era una mujer de unos sesenta años, llena de salud, jovial, enérgica y charlatana. De alta estatura y muy corpulenta, su labio superior estaba adornado con un bigote oscuro. Nejludov la quería mucho. Estaba acostumbrado, desde su infancia, a venir a su casa para hacer provisión de energía y de buen humor. —No, tía; todo eso acabó. Quisiera sólo ayudarla, porque la han condenado injustamente y yo mismo soy culpable de haber influido en todo su destino. Por eso estoy obligado a hacer en su favor todo lo que me sea posible. —Pero es que me han dicho que querías casarte con ella. —Sí, yo lo he querido, pero es ella quien no quiere. Catalina Ivanovna, plegando la frente y entornando los ojos, examinó un instante a su sobrino con aire de asombro y, de pronto, su rostro se tranquilizó. — ¡Vaya, ella es más sabia que tú! ¡OH, qué tonto eres! ¿Y verdaderamente tú te

casarías con ella? —Sin duda alguna. — ¿Después de todo lo que ella ha sido? —Razón de más. ¿No soy yo quien tiene la culpa? —Eres simplemente un pazguato —declaró la tía sin dejar de sonreír—, un espantoso pazguato, un verdadero tonto; pero te quiero justamente porque eres un espantoso pazguato —repitió aún, encantada seguramente con aquella palabra que, a su juicio, definía de manera perfecta el estado intelectual y moral de su sobrino—. Mira, has llegado muy a propósito. Precisamente acaba de abrir Aline un soberbio asilo de arrepentidas. Un día fui por allí. ¡Son repugnantes! Después de la visita tuve que bañarme. Pero Aline se ha entregado a su asilo en cuerpo y alma. Le confiaremos a tu protegida. Nadie mejor que Aline es capaz de volverla al buen camino. —Pero es que la han condenado a trabajos forzados. He venido aquí precisamente para procurar que anulen el juicio. Es el primer asunto por el que querría que usted se interesara. — ¡Ah!, ¿sí? ¿De quién depende su asunto? —Del Senado. — ¿Del Senado? Pero allí está mi querido primo León, en el Senado. Bueno, me olvidaba de que está en la sección de heráldica. Y entre los verdaderos senadores no conozco a nadie. ¡Son gentes que vienen sabe Dios de dónde, o incluso alemanes: ge, efe, de... todo el alfabeto!, o bien toda clase de Ivanov, de Semenov, de Nikitin; o Ivanenkos, Simonenkos, Nikitenkos, para variar. ¡Gente de todo el mundo! No importa; le hablaré de eso a mi marido. Él los conoce; conoce a toda clase de gente. Le hablaré. Pero será preciso que le expliques tú mismo todo el asunto: a mí no me comprende nunca. Todo el mundo me comprende; solamente él no me comprende. En aquel momento, un lacayo de librea, medias y pantalones cortos trajo una carta en una bandeja de plata. Precisamente una carta de Aline. Oirás también a Kieseweter. — ¿Quién es Kieseweter? — ¿Kieseweter? No dejes de venir a casa esta noche y verás quién es. Habla tan bien, que los criminales más endurecidos se arrojan a sus rodillas, y lloran, y se arrepienten. Por extraño que aquello pudiera parecer y por poco en armonía que estuviese con su carácter, la condesa Catalina Ivanovna era una ferviente adepta de la doctrina que coloca la esencia misma del cristianismo en la Redención. Frecuentaba las asambleas donde se predicaba esta doctrina entonces de moda, y reunía en su casa a los fieles de la misma. Aunque aquella enseñanza rechazase multitud de ceremonias, los iconos a incluso los sacramentos, la condesa Catalina Ivanovna tenía iconos en todas las habitaciones de su apartamento a incluso en la cabecera de su cama; cumplía todas las ceremonias exigidas por la Iglesia, sin ver en eso la más mínima contradicción. — ¡Ah, si tu arrepentida pudiera oírlo, se convertiría inmediatamente! —continuó la condesa—. Pero tú ven sin falta esta noche; lo oirás. Es un hombre asombroso. —Es que, tía, esas cosas apenas me interesan. —Pues sí, te aseguro que eso te interesará. Y no tienes más remedio que venir. Ahora dime qué más deseas de mí. —Tengo un asunto que concierne a la fortaleza. — ¿A la fortaleza? ¡Ah! En ese caso puedo darte una carta para el barón Kriegsmuth. ¡Es un hombre muy bueno! Tú lo conoces bastante bien, además: es un antiguo camarada de tu padre. No es muy espiritual; pero es igual, es bueno. ¿Y qué tienes que hacer allí? —Tengo que pedir que se le permita a una madre ver a su hijo que está allí encerrado. Pero me han dicho que eso no dependía de Kriegsmuth, sino de Tcherviansky. — ¡Tcherviansky! A ése no le tengo la menor simpatía. Pero es el marido de Mariette. Puedo dirigirme a ella. Haría por mí cualquier cosa. ¡Es muy gentil! —Quiero pedir que pongan en libertad a una mujer, encarcelada desde hace varios meses sin que nadie sepa por qué. — ¡Vamos, la misma mujer debe de saberlo muy bien! ¡Esas mujeres lo saben todo! ¡Mujeres de cabellos cortos que no tienen más que lo que se merecen! —Ignoramos si se lo merecen o no; pero el caso es que sufren. ¿Y usted, que es cristiana y que cree en el Evangelio, puede mostrarse tan implacable? —Lo uno no impide lo otro. El Evangelio es el Evangelio, y lo que es repugnante es repugnante. Peor sería decir que me gustan los nihilistas, las mujeres sobre todo, con sus cabellos cortos, cuando en realidad no puedo sufrirlas. — ¿Y por qué no puede usted sufrirlas? — ¿Y todavía me preguntas por qué después del atentado del primero de marzo? —Pero no todos participaron en él. —No importa. ¿Para qué mezclarse en lo que no es asunto de ellas? Y no es un papel que corresponda a las mujeres. —Pero ahí tiene usted por ejemplo a Mariette: usted misma acaba de reconocer que ella sí puede intervenir en los asuntos. — ¡Mariette es Mariette! ¡Pero que “una Dios sabe qué”, una cualquiera que no es ninguna gran cosa, pretenda darnos una lección a todos...! —No se trata de darnos una lección, sino de acudir en ayuda del pueblo. —No necesitamos de ellas para saber que hay que ayudar al pueblo. —Pero el caso es que el pueblo sufre. Acabo de volver del campo. ¿Le parece a usted justo que los mujiks se agoten más allá de sus fuerzas y no tengan bastante para comer según les pide el hambre, mientras nosotros vivimos en medio de un lujo desenfrenado?—prosiguió Nejludov, animado por la bonachonería de su tía hasta el punto de comunicarle todos sus pensamientos. — ¿Qué quieres entonces? ¿Que me ponga a trabajar y que no coma nada? —No, no quiero en modo alguno dejarla sin comer —dijo Nejludov sonriendo—; quiero solamente que trabajemos todos y que todos comamos. — ¡Querido, terminarás mal! —dijo. — ¿Y por qué? En aquel momento, un alto y robusto general acababa de penetrar en el comedor. Era el marido de la condesa, Tcharsky, el ex ministro. — ¡Ah, Dmitri, buenos días! —dijo el general tendiendo a Nejludov su mejilla recién afeitada—. ¿Cuándo has llegado? Besó en silencio la frente de su mujer. —Bueno, ¡Es impagable! —dijo la condesa a su marido—. Quiere que vaya a lavar mi ropa al río

y que me alimente sólo de patatas. Es un terrible tonto, un espantoso pazguato —continuó ella—. Pero, de cualquier forma, haz lo que te pida. A propósito, dicen que la señora Kamenskaia se halla en tal estado de desesperación, que se teme por su vida: deberías ir a visitarla. —Sí, es espantoso —respondió el marido. —Y ahora, id a hablar de vuestras cosas. Tengo unas cartas que escribir. Apenas había salido Nejludov del comedor cuando ella le gritó desde la otra habitación: —¿Quieres que le escriba a Mariette? —Se lo ruego, tía. —Entonces dejaré en blanco la explicación de lo que tienes que pedirle a su marido a propósito de tu pelicorta. Ella le ordenará que haga lo que tú pidas, y él lo hará. Pero, oye, no vayas a creer que soy mala. Tus protegidas no me son nada simpáticas; ¡Pero no las quiero mal! ¡Que Dios las proteja! Y después puedes irte, pero vuelve sin falta esta noche. Oirás a Kieseweter. Y luego rezarás por nosotros. Y si lo haces de buena fe, te hará mucho bien. Sé perfectamente que Elena y todos vosotros nunca os habéis preocupado mucho de eso. Bueno, hasta la vista. XV El conde Iván Mijailovitch, el ex ministro, era un hombre de convicciones firmes. Desde su juventud, esas convicciones se habían basado en los principios siguientes: lo mismo que el pájaro se alimenta de gusanos, está vestido de plumas y vuela por el espacio, así él mismo debía naturalmente alimentarse con los platos más rebuscados, preparados por cocineros pagados muy caros, ir vestido de la manera más elegante y más cómoda posible, ser llevado por caballos tranquilos y rápidos, y por consiguiente todo eso debía estar a su disposición. Además, el conde Mijailovitch consideraba que cuanto más dinero percibiese del tesoro público, más adornado estaría con condecoraciones, más frecuentaría a altos personajes de los dos sexos y tanto más le valdría eso. Todo lo demás, comparado con esos dogmas fundamentales, le parecía al conde Iván Mijailovitch nulo y sin interés; y le importaba poco que las cosas fuesen de una manera u otra. Conformándose a esta fe, el conde Iván Mijailovitch había vivido y actuado en Petersburgo durante cuarenta años, después de los cuales había llegado al puesto de ministro. Las cualidades principales que le habían permitido llegar a aquel cargo consistían en esto: primeramente, sabía comprender el sentido de los reglamentos y de otras disposiciones oficiales y redactar, en un estilo poco elegante, es verdad, documentos inteligibles y exentos de faltas de ortografía; en segundo lugar, era muy expresivo y podía, según las circunstancias, dar la impresión de dignidad, de altivez y de inaccesibilidad, o bien de flexibilidad, llegando hasta la bajeza y la infamia; en tercer lugar, estaba liberado de cualesquiera reglas de moralidad personal o social, y por consiguiente, podía, si era preciso, estar de acuerdo o en desacuerdo con todo el mundo. Al obrar así, no tenía más que un solo objetivo: dejar creer que era consecuente consigo mismo; y no le importaba lo más mínimo la moralidad o la inmoralidad de sus actos, como tampoco la cuestión de saber si esos actos constituían el mayor bien o el mayor mal para Rusia o para el mundo entero. Cuando llegó a ser ministro, todos sus subordinados, la mayor parte de sus conocidos, y más todavía él mismo, tuvieron la convicción de que se mostraría como un hombre de Estado de los más inteligentes. Pero después de un cierto tiempo, cuando hubo que comprobar que él no había organizado nada ni había creado nada nuevo, que, según las leyes de la lucha por la vida, otros hombres análogos a él, que sabían comprender y redactar documentos oficiales, funcionarios tan expresivos y tan poco escrupulosos, lo hubieron suplantado y obligado a retirarse, se reconoció unánimemente que en lugar de ser una inteligencia excepcional era un hombre muy limitado, poco instruido, a pesar de su tono de suficiencia, y que apenas sobrepasaba en sus opiniones el nivel de los artículos de fondo de los periódicos conservadores. Se cayó en la cuenta de que nada lo distinguía de las otras mediocridades vanidosas y limitadas que lo habían suplantado. Él mismo se daba cuenta de eso, lo que no le impedía en modo alguno creerse con derecho a recibir, de año en año, un sueldo cada vez mayor y nuevas condecoraciones para su uniforme de gala. Esta convicción estaba tan profundamente arraigada en él, que nadie tenía valor para llevarle la contraria. Y de año en año percibía, en forma de pensión de retiro, de honorarios como consejero de Estado y como presidente de toda clase de comisiones o juntas, varios millares de rublos; además, cada año tenía el derecho, por él tan apreciado, de mandar coser nuevos galones a su cuello y a su pantalón y a su frac y nuevas cintas y estrellas de esmalte. De este modo ampliaba el círculo de sus relaciones sociales. El conde Iván Mijailovitch escuchó las explicaciones de Nejludov con la misma gravedad y la misma atención que concedía en otros tiempos a los informes de sus jefes de servicios. Hecho esto, dijo a su sobrino que iba a darle dos cartas de recomendación, una de ellas para el senador Wolff, del departamento de casación. —Se dicen muchas cosas de él —explicó—, pero, en cualquier caso, él es un hombre muy bueno. Me está agradecido y hará todo lo que esté en su mano. La segunda carta iba destinada a un miembro de la comisión de gracia. El asunto de Fedosia Birukov, que le había contado Nejludov, lo había conmovido mucho. Habiéndole dicho éste que quería escribir a la emperatriz, le respondió que era, en efecto, un asunto digno de interés y que se podría hablar de él cuando se presentase la ocasión, pero no se arriesgaba a prometerlo. La petición debía seguir su trámite, y añadió, después de reflexionar un instante, que si un jueves lo invitaban al salón de la emperatriz, en petit comité, tal vez encontrara la oportunidad de deslizar unas palabras a propósito de la protegida de Nejludov. Nejludov, provisto de las dos cartas del conde y de otra de su tía para Mariette, se puso en camino

inmediatamente para iniciar sus gestiones. Por lo pronto, empezó por Mariette. La había conocido de muchachita, perteneciente a una familia aristocrática de escasa fortuna. Se había casado con un hombre que había sabido elevarse rápidamente, gracias a medios sospechosos, y como siempre, a Nejludov le resultaba desagradable solicitar el apoyo de un hombre al que despreciaba. En este caso, sentía un desacuerdo interior, un descontento de sí mismo y una vacilación: ¿debía o no dirigirse a él? Y siempre llegaba a la conclusión de que debía hacerlo. Por otra parte, comprendía lo que de falso había en su actitud de peticionario ante gente con la que no tenía ya ninguna solidaridad y que, sin embargo, continuaban considerándolo como a uno de los suyos. En aquel ambiente se sentía recaer en la horma antigua y habitual y a pesar suyo, volvía a adoptar el tono ligero a inmoral que reinaba en aquella sociedad. Ya por la mañana, en casa de su tía Catalina Ivanovna, lo había notado al adoptar un tono burlesco para hablar de las cosas más serias. Petersburgo, adonde hacía mucho tiempo que no había venido, ejercía sobre él su acción habitual: físicamente excitante y moralmente embotadora. Todo era tan limpio, tan cómodo, estaba tan desprovisto de escrúpulos morales, que la vida allí parecía más ligera que en ninguna otra parte. Un soberbio cochero, limpio y correcto, condujo a Nejludov, pasando ante soberbios agentes de policía, limpios y correctos, por una calle elegante y limpia, bordeada de casas limpias y elegantes, hasta la casa donde vivía Mariette. Vio ante la escalinata a un par de caballos ingleses enganchados y enjaezados; en el pescante, con aire grave y digno, un cochero de librea, de orgulloso talante, el látigo en la mano, semejando a un inglés por las patillas, que le llegaban casi hasta la boca. Un portero, con uniforme de un púrpura muy vivo, abrió la puerta del vestíbulo, donde se hallaban apostados, con librea galoneada, un lacayo de espléndidas patillas y un centinela de servicio con uniforme nuevo. —El general no recibe. La generala, tampoco: va a salir. Nejludov sacó de su cartera una tarjeta de visita y se acercó a una mesita donde se disponía a escribir algunas palabras con lápiz, cuando de pronto el lacayo hizo un movimiento, el portero se lanzó hacia la escalinata gritando: « ¡Avance!», y el centinela se puso firme, las manos en las costuras del pantalón, siguiendo con los ojos a una mujer joven, bajita y delgada, que bajaba por la escalera con un paso rápido que contrastaba con la importancia de su rango. Mariette, tocada con un gran sombrero de plumas, llevaba sobre su vestido negro una esclavina del mismo color. Iba enguantada de negro y el rostro cubierto por un velillo. Al ver a Nejludov, se levantó el velillo y descubrió un rostro encantador y grandes ojos brillantes. Y, después de unos momentos de examen, exclamó con voz familiar y gozosa: — ¡Ah, el príncipe Dmitri Ivanovitch! Lo habría reconocido... — ¿Cómo? ¿Se acuerda usted incluso de mi nombre? — ¡Naturalmente! Mi hermana y yo hasta llegamos a estar enamoradas de usted —respondió en francés—. Pero, ¿cómo ha cambiado usted! Es una lástima que no tenga más remedio que salir. Aunque quizá pudiéramos entrar todavía un instante —dijo con aire de vacilación. Consultó con los ojos el reloj de la antecámara. — ¡Ay, no, no es posible! Voy a casa de Kamenskaia para el servicio fúnebre. La pobre mujer está muy abatida. ¿Qué le pasa a esa Kamenskaia? — ¿Cómo? ¿No está usted enterado? ¡Su hijo acaba de ser muerto en duelo! Se había batido con Posen. ¡Hijo único! ¡Es espantoso! La madre está abatidísima. —Sí, ya he oído hablar de eso. Pero no tengo más remedio que marcharme; venga, pues, mañana o esta noche —continuó ella. Y, con paso ligero, se dirigió hacia la salida. —Desgraciadamente, no podré esta noche —dijo Nejludov, acompañándola hasta la escalinata—. Venía a hablarle de un asunto —añadió al mismo tiempo que miraba el par de caballos alazanes que se detenían ante la escalinata. — ¿Qué es? —Aquí tengo una carta de mi tía respecto a ese asunto —dijo Nejludov tendiéndole un sobre alargado, cerrado con un sello enorme—. Esto le explicará de qué se trata. —Ya sé, la condesa Catalina Ivanovna se cree que ejerzo influencia sobre mi marido. Se equivoca completamente. No puedo conseguir nada de él y para nada quiero mezclarme en sus asuntos. Pero, por la condesa y por usted, estoy dispuesta con mucho gusto a infringir esta regla. Bueno, ¿de qué se trata? —preguntó, buscando vanamente en el bolso con su manecita enguantada. —De una joven encarcelada en la fortaleza. Está enferma y la han detenido por error. — ¿Cómo se llama? —Schustova, Lidia Schustova. Todo está anotado en la carta. —Bueno, haré todo lo que me sea posible —dijo, subiendo con pie ligero al elegante coche blandamente tapizado cuyo barniz centelleaba al sol. Se sentó y abrió su sombrilla. El lacayo trepó a la parte trasera, hizo signos al cochero de que podía arrancar, y el coche se puso en movimiento. Pero, en el mismo instante, con la punta de su sombrilla, Mariette tocó el hombro del cochero: los soberbios caballos de finas patas, curvando la cabeza bajo la presión del brocado, se detuvieron piafando. —Pero usted volverá a verme, y esta vez de un modo desinteresado —dijo ella con una sonrisa cuyo encanto conocía. Y como si juzgase terminada la representación, bajó su velillo y tocó de nuevo al cochero con la punta de la sombrilla. Nejludov se quitó el sombrero. Martilleando el pavimento con sus nerviosos cascos, los caballos arrastraron a un paso vivo al coche, que se deslizaba ligeramente sobre las silenciosas ruedas, traqueteado apenas por la desigualdad del suelo. XVI Pensando en aquella sonrisa que acababa de cambiar con Mariette, Nejludov meneó la cabeza desaprobándose a sí mismo: «No tendrás tiempo de darte cuenta y de nuevo quedarás atrapado en el engranaje de esta vida», se decía. Y sintió en él aquel desacuerdo interior y las dudas

provocadas por la necesidad de recurrir a los buenos oficios de gente a la que no estimaba en absoluto. Después de reflexionar sobre la cuestión de saber adónde iría primero, Nejludov se dirigió al Senado. Lo guiaron a la cancillería, donde, en un magnífico local, distinguió a un gran número de funcionarios bien vestidos y muy corteses. Allí se enteró de que el recurso de Maslova había sido enviado, a fin de que lo examinase, a aquel mismo senador Wolff para quien su tío le había dado una carta. —Esta semana habrá sesión del Senado —le dijeron—; pero es dudoso que el asunto de Maslova pueda ser discutido en esta sesión. Sin embargo, usted siempre puede pedir que lo pasen al miércoles siguiente. En la cancillería del Senado, mientras Nejludov aguardaba diversos informes, oyó hablar de nuevo del desgraciado duelo en que el joven Kamensky había hallado la muerte. Y allí se enteró por primera vez de los detalles completos de aquella historia que apasionaba a todo Petersburgo. Su principio tuvo lugar en un restaurante, en una mesa de oficiales que comían ostras y bebían copiosamente, según su costumbre. Uno de ellos hizo alusiones ofensivas sobre el regimiento en que servía Kamensky, y éste lo trató de mentiroso; el oficial injuriado replicó con una bofetada, y el duelo se celebró al día siguiente. Kamensky había recibido un balazo en el vientre, a consecuencia del cual murió dos horas después. El matador y los testigos habían sido detenidos; pero, aunque estuviesen arrestados, se aseguraba que los pondrían en libertad antes de transcurridos quince días. Desde el Senado, Nejludov se dirigió a la comisión de peticiones de gracia, con la esperanza de encontrar allí a un alto funcionario, el barón Vorobiev, quien ocupaba un lujoso apartamento en un edificio del Estado. Pero el portero y el lacayo le hicieron saber, con tono severo, que el barón no estaba visible más que los días de recepción; aquel día estaba con el emperador y debía regresar allí al día siguiente para presentar su informe. Nejludov dejó la carta que le estaba destinada al barón y se dirigió a casa del senador Wolff. El senador acababa de comer. Como de costumbre, estimulaba su digestión fumando un cigarro y caminando de arriba abajo por el despacho; y durante este ejercicio recibió a Nejludov. Vladimir Vassilievitch Wolff era sin disputa un “hombre muy bien parecido”; para él, esta cualidad tenía la primacía sobre las demás y desde su altura miraba a sus semejantes; por lo demás, le era imposible no apreciar esta cualidad, porque gracias a ella había realizado una brillante carrera, la misma que había deseado realizar; mediante ella había adquirido, por un rico casamiento, dieciocho mil rublos de renta y, por su propio esfuerzo, un escaño de senador. Sin embargo, no contento con ser un hombre “muy bien parecido”, se jactaba igualmente de ser un tipo de honor caballeresco. Y por este honor entendía la negativa a aceptar clandestinamente vasos de vino de particulares, en tanto que no encontraba nada deshonesto solicitar toda clase de dietas por viajes y explotar las propiedades del Estado, realizando servilmente, en reconocimiento, todo lo que le pedía el gobierno. Arruinar, deportar o encarcelar a centenares de inocentes, sólo porque aman al pueblo y siguen permaneciendo fieles a la religión de sus padres, y todas las exacciones que había cometido cuando era gobernador de una provincia de Polonia, eran cosas que no solamente él no consideraba nefandas, sino en las que veía, por el contrario, una proeza de valentía y de patriotismo. Tampoco consideraba indigno haberse apropiado de toda la fortuna de su mujer, que estaba enamorada de él, y de la de su cuñada. Por el contrario, aquello constituía para él la organización racional de su vida de familia. La familia de Vladimir Vassilievitch se componía de su dócil mujer, de su cuñada, cuya propiedad había vendido para poner el dinero en el banco a su propio nombre, y de su hija, poco bonita, tímida y que no tenía otras distracciones en su existencia aislada y triste que las de asistir a las reuniones evangélicas en casa de Aline y en la de la condesa Catalina Ivanovna. El hijo del senador era un buen muchacho que, a los quince años, barbudo ya como un hombre, había empezado a beber y a llevar una vida de desenfreno. A los veinte años, su padre lo había expulsado de casa, porque lo comprometía al no terminar sus estudios, frecuentar malas compañías y contraer deudas. Una vez había pagado por él doscientos treinta rublos; otra vez, seiscientos, pero advirtiéndole que sería la última y que, si no se corregía, lo echaría y terminaría con él toda clase de relaciones. Pero, lejos de enmendarse, contrajo una nueva deuda de mil rublos y se permitió decir a su padre que bastante sufría ya con vivir en aquella casa. Vladimir Vassilievitch le había declarado entonces que ya no podía considerarlo como padre suyo. Desde aquella fecha vivía como si no tuviese hijo, y en su casa nadie se atrevía a hablarle de él. No por eso dejaba de estar menos convencido de que sabía organizar de una manera perfecta su vida de familia. Wolff acogió a Nejludov con esa sonrisa amable, ligeramente burlona, que le servía para expresar sus sentimientos de hombre como se debe, frente al común de los mortales. Deteniéndose en su paseo en medio del despacho, saludó a Nejludov y luego leyó la carta. —Siéntese, se lo ruego. Le pido permiso para continuar caminando —dijo, metiéndose las manos en los bolsillos de la chaqueta, y se puso a recorrer en diagonal, con ligeros y cortos pasos, su gran despacho de severo estilo—. Encantado de conocerlo, y, naturalmente, de poder ser agradable al conde Iván Mijailovitch —continuó después de haber exhalado una columna de humo azul y perfumado y de haberse quitado con precaución el cigarro de la boca para impedir que la ceniza se desprendiera. —Querría solamente rogarle que el asunto quedase resuelto lo antes posible —dijo Nejludov—, a fin de que, si la acusada tiene que ir a Siberia, su partida se realice sin tardanza. —Sí, sí, con los primeros paquebotes

de Nijni; sí, ya sé —dijo Wolff con su sonrisa protectora de hombre que sabe de antemano lo que van a decirle—. ¿Y cómo se llama ella? —Maslova. Wolff se acercó a su mesa y abrió un legajo atiborrado de papeles. —Eso es, Maslova. Desde luego; hablaré del asunto a mis colegas. La cuestión será discutida el miércoles. — ¿Puedo telegrafárselo a mi abogado? — ¡Ah, tiene usted un abogado! ¿Para qué? Pero, en fin, si usted quiere... —Temo que los motivos de casación no sean suficientes —dijo Nejludov—; pero el solo proceso verbal de los debates proporciona la prueba de que la condena se basa en un error. —Sí, sí, es posible; pero el Senado no tiene nada que ver con el fondo del asunto —replicó Wolff con severidad y vigilando la ceniza de su cigarro—. El Senado debe limitarse a controlar la interpretación y la aplicación de la ley. —Pero aquí, el caso me parece tan excepcional... — ¡Ya sé, ya sé! Todos los casos son excepcionales. En fin, se hará lo necesario. Quedamos de acuerdo. La ceniza seguía manteniéndose, pero presentaba ya una fisura que la ponía en peligro. —Y usted no viene con frecuencia a Petersburgo, ¿verdad? —preguntó Wolff, sujetando el cigarro de modo que la ceniza no cayese; pero como de todos modos se balanceaba, fue a depositarla con precaución en el cenicero—. ¡Qué terrible accidente el sucedido a ese Kamensky! ¡Un joven excelente, hijo único! Sobre todo, la madre es digna de compasión —añadió, repitiendo casi al pie de la letra lo que decía todo Petersburgo. Habló luego de la condesa Catalina, de su manía por la doctrina religiosa de moda, que Vladimir Vassilievitch ni aprobaba ni desaprobaba, pero que él, hombre como debía, juzgaba superflua. Y finalmente tiró de la campanilla. Nejludov se puso en pie para despedirse. —Venga, pues, si le conviene, a comer uno de estos días conmigo —dijo Wolff, tendiendo la mano a Nejludov—. El miércoles, por ejemplo; le daré al mismo tiempo la respuesta definitiva. Era ya tarde, y Nejludov regresó a casa, es decir, a casa de su tía. XVII

En casa de la condesa Catalina Ivanovna se cenaba a las siete y media. A ella le gustaba que la sirvieran según un método nuevo que Nejludov desconocía aún: una vez los manjares traídos a la mesa, los lacayos se retiraban inmediatamente después, y los comensales se servían ellos mismos. Los hombres evitaban a las damas la molestia de hacer un movimiento inútil y, en su calidad de representantes del sexo fuerte, se encargaban marcialmente de todo el peso del servicio de los manjares y de las bebidas a las damas y a ellos mismos. Cuando se había comido su plato, la condesa apretaba el botón del timbre incrustado en la mesa; los criados entraban sin ruido, retiraban rápidamente el servicio, cambiaban los platos y traían la continuación. La minuta era de las más rebuscadas. En una gran cocina clara trabajaban un chef francés y dos ayudantes, todos vestidos de blanco. A la mesa estaban sentados seis comensales: el conde, la condesa, su hijo (joven oficial de la Guardia, tosco, que apoyaba los codos en la mesa), Nejludov, la lectora francesa y el intendente principal del conde, llegado del campo. También aquí la conversación versó sobre el duelo. Se comentaba la actitud del emperador respecto a aquel asunto. Sabiendo que se había apiadado de la suerte de la madre, todos se apiadaban igualmente por la suerte de la madre. Sabiendo igualmente que, aunque apiadándose de la madre, el zar no quería mostrarse severo con el matador, quien había defendido el honor del uniforme, todo el mundo se mostraba indulgente con el matador, que había defendido el honor del uniforme. Sólo la condesa Catalina Ivanovna, con su independencia y su ligereza, se mostraba severa respecto al matador. — ¡No admitiré nunca que jóvenes de la buena sociedad se embriaguen y se maten después! —afirmó. —No lo comprendo —dijo el conde. — Ya lo sé. Tú no comprendes nunca lo que yo quiera decir —respondió la condesa, y se volvió hacia Nejludov—. Todo el mundo me comprende, excepto mi marido. Digo que me da lástima de la madre y que, en cuanto al otro, no me parece bien que haya matado y que esté satisfecho de su acción. El hijo de la condesa, mudo hasta entonces, intervino poniéndose a favor del matador. Bastante groseramente; replicó a las palabras de su madre demostrándole que un oficial no podía obrar de otra manera, so pena de ser expulsado del regimiento por un tribunal de honor. Nejludov escuchaba sin mezclarse en la conversación. A título de ex oficial, y aun sin admitirlos, comprendía los argumentos del joven Tcharsky; pero, por otra parte, el caso de aquel oficial que había matado a uno de sus camaradas le recordaba involuntariamente el de un guapo muchacho al que había visto en la cárcel, condenado a trabajos forzados por haberse convertido en homicida en el curso de una pelea. Ahora bien, la causa inicial de estos dos homicidios había sido la embriaguez. El otro, el mujik, había matado en un momento de excitación. Y he aquí que lo habían separado de su mujer, de su familia, de sus padres, le habían puesto grilletes, rapado la cabeza, y lo enviaban a trabajos forzados. Y éste, por el contrario, está arrestado en una bonita habitación, le llevan buenas comidas, bebe buen vino, lee libros, lo soltarán, si no hoy, todo lo más mañana, vivirá como antes e incluso se convertirá por eso mismo en un objeto de interés. Nejludov dijo entonces lo que pensaba. Primeramente, la condesa Catalina Ivanovna lo aprobó, y luego guardó silencio. Y, como los demás, Nejludov comprendió que acababa de cometer algo así como una inconveniencia. Después de la comida, los comensales pasaron al salón grande. Se habían colocado allí, como para una conferencia pública, filas de sillas de respaldos esculpidos, un sillón y una mesita, con un jarro de agua para el orador. Y los invitados llegaban ya en gran número, encantados por el hecho de que iban a oír al predicador Kieseweter. Ante la escalinata se alineaban vehículos suntuosos. En el salón, espléndidamente

adornado, se sentaban damas vestidas de seda, de terciopelo, de encajes, con peinados postizos, talles estrangulados por el corsé, y pechos amplificados por el algodón. Entre ellas, algunos hombres civiles y militares, y cinco hombres del pueblo: dos porteros, un tendero, un criado y un cochero. Kieseweter era un hombre bajito, corpulento y encanecido. Hablaba en inglés mientras una joven flacucha, con lentes sobre la nariz, traducía correcta y rápidamente sus palabras. Él decía que nuestros pecados son tan grandes y tan grande y tan inevitable el castigo que les está reservado, que vivir tranquilos esperando este castigo es para nosotros cosa imposible. — ¡Queridas hermanas y hermanos! Pensemos solamente en nosotros mismos, en nuestra manera de obrar, en nuestra manera de irritar la cólera de Dios todo misericordioso y de aumentar el sufrimiento de Cristo, y comprenderemos que para nosotros no hay perdón, ni salida, ni salvación, que todos estamos destinados a una pérdida cierta. Nos aguarda la más espantosa perdición, los eternos tormentos —clamaba con una voz temblequeante, lacrimosa—. ¿Cómo salvarnos, hermanos míos? ¿Cómo escapar de este terrorífico incendio? ¡Ya nuestra casa es un brasero sin salida! Se calló, y verdaderas lágrimas inundaron sus mejillas. Desde hacía ya ocho años, sin fallarle nunca, cada vez que llegaba a este pasaje de su discurso, que era para él el favorito, un espasmo le apretaba la garganta, un picor le subía a la nariz y el llanto inundaba su rostro, tanto que llegaba a conmoverse él mismo de sus propias lágrimas. En la sala se dejaron oír unos sollozos. La condesa Catalina Ivanovna estaba sentada cerca de la mesa de mosaico y se había acodado allí, con la cabeza entre las manos y los hombros sacudidos por un temblor. El cochero examinaba al orador con una mezcla de desconcierto y de espanto, como si se viera amenazado por el choque contra la vara de un coche del que no pudiera librarse. La mayor parte de los asistentes había adoptado la misma postura que la dueña de la casa. La hija de Wolff, que se parecía a su padre, vestida a la última moda, se había puesto de rodillas, con la cara oculta entre las manos. El orador descubrió de pronto su rostro sobre el cual apareció algo que se parecía a una verdadera sonrisa, la que sirve a los actores para expresar la alegría, y dijo con una voz dulce y tierna: —Sin embargo, la salvación existe. ¡Hela aquí, impalpable, gozosa! Esta salvación es la sangre del Hijo único de Dios derramada por nosotros. Su martirio, su sangre derramada nos salvan. ¡Hermanos míos, hermanas mías —añadió con nuevas lágrimas en la voz—, demos gracias a Dios que se dignó sacrificar a su Hijo único por la redención de la especie humana! Su sangre sacratísima... Nejludov sintió una repugnancia tan intolerable, que, arrugando la frente y ahogando gemidos de vergüenza, salió de puntillas y subió a su habitación. XVIII A la mañana siguiente, Nejludov acababa de vestirse cuando el ayuda de cámara vino a entregarle la tarjeta del abogado de Moscú. Éste había venido primeramente por razones personales y, al mismo tiempo, para asistir a la revisión por el Senado del proceso de Maslova, si es que iba a celebrarse pronto. El telegrama que Nejludov le había enviado se había cruzado con él. Pero al enterarse por este último de la fecha fijada y de los nombres de los senadores, sonrió. —Precisamente los tres tipos de senadores —exclamó—. Wolff es el funcionario petersburgués; Skovorodnikov, el jurista sabio, y Be, el jurista práctico. Éste es el que está menos momificado y con el que más podemos contar. Bueno, ¿y qué hay de la comisión de gracias? —Precisamente tengo que hacer esa gestión en casa del barón Vorobiov. Ayer no pude conseguir que me concediese una audiencia. — ¿Sabe usted por qué ese Vorobiov es barón? —preguntó el abogado a Nejludov, quien había puesto cierta ironía al pronunciar aquel título de «barón» (En la jerarquía de los títulos nobiliarios de origen puramente ruso no existe el de barón.) unido a un nombre esencialmente ruso—. Este baronazgo le fue dado por el emperador Pablo a su abuelo, ayuda de cámara, que le había prestado algunos servicios de carácter íntimo. El emperador lo nombró, pues, barón porque así lo quiso, y desde entonces tenemos barones Vorobiov. Éste está muy orgulloso de ello y por lo demás es un camastrón que no tiene igual. —Pues a su casa me dirijo. —Perfectamente. Entonces venga; yo lo llevaré. En el vestíbulo, al momento de salir, un criado entregó a Nejludov un billete de Mariette. Por agradecerle a Vd. he obrado completamente contra mis principios y he intercedido ante mi marido a favor de su protegida. Resulta que a esta persona pueden ponerla en libertad inmediatamente. Mi marido ha escrito al comandante de la fortaleza. Venga, pues, sin motivo interesado. Le espero. Mariette. — ¿Qué me dice usted de esto? ¡Es terrible! —dijo Nejludov al abogado—. He aquí una mujer a la que tienen encarcelada, en secreto, desde hace siete meses, y ahora descubren que no ha hecho nada. Y una palabra ha bastado para hacerle recobrar su libertad. —Pero siempre pasa lo mismo. Por lo menos, usted ha conseguido lo que quería. —Sí. Pero este éxito me apena. ¿Qué es lo que ocurre entonces? ¿Por qué la retenían? —Será mejor no profundizar en eso. Bueno, ¿quiere que lo lleve? —preguntó el abogado, saliendo con Nejludov mientras un excelente coche de alquiler se detenía ante la escalinata. El abogado dijo al cochero a dónde tenía que ir, y los vivarachos caballos transportaron rápidamente a Nejludov a la casa habitada por el barón Vorobiov. Éste estaba visible. En la primera habitación se hallaba un joven funcionario con uniforme de media gala, con un cuello de longitud desmesurada, nuez muy saliente y paso extraordinariamente rápido. Había también allí dos señoras. — ¿Se llama usted? —preguntó, abandonando a las señoras y avanzando ágilmente hacia Nejludov. Éste dijo su nombre. —El barón ha hablado de usted. Haga el favor de esperar un momento. El

funcionario entró en la habitación contigua y salió pronto de ella en compañía de una dama enlutada y toda llorosa, que, con sus huesudos dedos, bajó su velo para ocultar su llanto. —Haga el favor de entrar —dijo el joven empleado; y, con paso ligero, avanzó hacia la puerta del despacho, la abrió y dejó pasar a Nejludov. Nejludov se encontró en presencia de un hombre de estatura mediana, rechoncho, con los cabellos cortados a cepillo, vestido con redingote y sentado en un sillón ante una mesa enorme desde la cual miraba delante de él con aire de satisfacción. Su rubicundo rostro, que contrastaba con su blanca barba y sus blancos bigotes, se iluminó con una sonrisa benévola al ver a Nejludov. —Encantado de verle. Su madre y yo fuimos viejos amigos. Le vi cuando no era más que niño y luego de oficial. Vamos, siéntese y dígame en qué puedo servirle... Sí, sí —decía meneando su blanca y rapada cabeza mientras Nejludov le contaba la historia de Fedosia—. ¡Hable, hable! Ya comprendo. Sí, es, en efecto, muy conmovedor. ¿Ha elevado usted un recurso de gracia? —Traigo uno preparado —respondió Nejludov sacando el papel del bolsillo—. Pero he querido presentarle mi ruego personalmente con la esperanza de que conceda a este asunto una atención especial. —Y ha hecho usted muy bien. Yo mismo redactaré el informe. Es realmente muy conmovedor —dijo el barón, cuyo orondo rostro se esforzaba en fingir compasión—. Evidentemente se trata de una niña a la que su marido habrá vuelto loca con su brutalidad, y los dos, al cabo del tiempo, con remordimientos, se han enamorado. Sí, yo haré el informe. —El conde Iván Mijailovitch me decía que quería rogarle... Pero apenas había pronunciado Nejludov aquellas palabra cuando la expresión del rostro del barón se modificó. —Por lo demás —declaró a Nejludov—, entregue usted la instancia y yo haré lo que pueda. En aquel momento entró el joven funcionario, que, evidentemente, ponía todo su amor propio en la gracia de su manera de andar. —Esa señora solicita aún dos palabras. —Bueno, dígame que entre. ¡Ah, querido amigo, cuántas lágrimas se ven aquí! Si al menos fuera posible secarlas todas... Uno hace lo que puede. La señora entró. —Me había olvidado de rogarle que le impidiese casarse con nuestra hija, pues de lo contrario... —Ya le dije a usted que lo haría. — ¡Barón, por favor, salvará usted a una madre! Ella se apoderó de la mano de él y la cubrió de besos. —Todo se hará. Cuando la señora salió, Nejludov se puso en pie para despedirse. —Se hará lo que se pueda. Informaremos al Ministerio de Justicia. Nos responderán, y entonces se obrará en consecuencia. Nejludov salió y pasó a la cancillería. También allí como en el Senado, encontró, en un local magnífico, magníficos funcionarios, limpios, corteses, correctos, desde los trajes hasta las palabras, pulidos y graves. « ¡Cuán numerosos son! ¡Cuán espantosamente numerosos y bien nutridos! ¡Cómo llevan almidonadas las camisas y relucientes sus botines! ¿Quién les concede todo esto? ¡Y pensar que se encuentran bien, en comparación no sólo con los presos, sino incluso con los ciudadanos corrientes!», se decía a pesar suyo Nejludov. XIX El hombre del que dependía la mejora de la suerte de los presos de San Petersburgo era un veterano general, descendiente de barones alemanes y del que se decía que era un poco tonto. Tenía una larga hoja de servicios y numerosas condecoraciones, de las que únicamente llevaba la cruz Blanca en la pechera. Había ganado aquella cruz, particularmente halagadora, en el Cáucaso, por haber obligado a mujiks, rapados y vestidos de uniforme, armados de fusiles con bayoneta calada, a matar a millares de personas del país que defendían sus libertades, sus casas y sus familias. Seguidamente prestó servicio en Polonia, donde de nuevo había obligado a los campesinos rusos a cometer diversos crímenes, lo que le valió nuevas condecoraciones y nuevos adornos en su uniforme; y también había servido en otras partes. Ahora ocupaba este puesto, el cual le proporcionaba buen alojamiento, buen sueldo y honores. Ejecutaba las órdenes llegadas de arriba con rigor inflexible y consideraba que la ejecución de las mismas era cosa eminentemente apreciable. Y como les atribuía un alcance totalmente particular, consideraba que todo podía cambiarse en la tierra, excepto aquellas órdenes. Los deberes de su cargo consistían en mantener en las casamatas y en secreto a detenidos políticos, de uno y otro sexo, y eso de forma tal que la mitad de entre ellos desapareciera en el espacio de diez años: algunos perdían la razón, otros morían de tisis o se suicidaban dejándose morir de hambre, abriéndose las venas con un pedazo de cristal, ahorcándose o quemándose vivos. El viejo general sabía todo eso, porque diariamente lo veía ante sus ojos; pero todos estos accidentes no afectaban más a su conciencia de lo que podían conmooverlo los accidentes producidos por tormentas, inundaciones, etcétera. Provenían de órdenes llegadas de arriba en nombre del emperador, y estas órdenes debían ejecutarse al pie de la letra; por tanto, era absolutamente inútil preocuparse de sus consecuencias. El viejo general no pensaba, pues, en ello, prohibiéndole su deber de militar patriota cualquier reflexión que hubiese podido producir alguna debilidad en las obligaciones de su cargo, muy importantes, a su juicio. Conforme al reglamento, una vez por semana giraba una visita por todas las celdas, informándose si los presos tenían alguna petición que presentarle. A menudo se las presentaban; las escuchaba tranquilamente, sin decir palabra, pero nunca les daba curso, porque sabía de antemano que eran incompatibles con el reglamento. En el instante en que el coche de Nejludov se detenía ante el edificio donde vivía el viejo general, el reloj de la torre tocó, con una sonería cascada, el canto « ¡Alabado sea Dios!». Luego repicaron los toques de las dos. Al escuchar aquella sonería, Nejludov se acordó de lo que había leído en las memorias de los

decembristas respecto a la impresión producida sobre los detenidos por aquella dulce música que se repetía a cada hora. El viejo general estaba sentado en un saloncito oscuro, con un joven pintor, hermano de uno de sus subordinados, ante una mesita con incrustaciones, y los dos hacían girar un platito sobre una hoja de papel. Los dedos delgados y ahusados del joven artista y los dedos gruesos, arrugados, osificados a trozos, del viejo general se entrelazaban, y aquellas manos entremezcladas giraban con el platito, con un movimiento intermitente, por encima de la hoja de papel, sobre la cual estaban inscritas todas las letras del alfabeto. El platito respondía a la pregunta formulada por el general de saber cómo las almas se reconocen después de la muerte. En el momento en que uno de los ordenanzas, que hacía funciones de ayuda de cámara, entraba con la tarjeta de Nejludov, el alma de santa Juana de Arco, que hablaba por medio del platito, acababa ya de decir: «Se reconocen entre ellas...», y aquello había sido anotado. El platito se había detenido sobre la letra P... luego sobre la O y, llegado a la S, había cesado de girar, oscilando de derecha a izquierda. Y vacilaba porque, según el general, la letra siguiente debía de ser una L. A su juicio, santa Juana de Arco debía de decir que las almas se reconocerán solamente después de “poslié”, su purificación, o algo parecido; el artista, por su parte, pretendía que la letra siguiente debía de ser V y que santa Juana de Arco quería decir que las almas se reconocerán por la luz “po svetu” que se desprenderá de sus cuerpos etéreos. Frunciendo con aire malhumorado sus espesas cejas blancas, el general mantenía los ojos fijos en sus manos y, persuadido de que el platito se movía por su cuenta, lo atraía hacia la L, en tanto que el pálido artista, con sus ralos cabellos colgando detrás de las orejas, miraba, con sus mates ojos azules, el rincón sombrío de la estancia y, moviendo nerviosamente los labios, atraía al platito hacia la V... El general frunció la frente, disgustado de que lo molestaran; luego, después de un instante de silencio, recogió la tarjeta de Nejludov, se puso las lentes y, quejándose de los riñones, se levantó con su impresionante estatura y se frotó los entumecidos dedos. —Hágalo entrar en mi despacho. —Permítame vucencia. Acabaré yo solo —dijo el artista, poniéndose en pie—. Noto que vuelve el fluido. —Está bien, acabe usted solo —respondió el general con su voz severa; luego, con su paso igual y resuelto, se dirigió a su despacho. —Me alegro de verlo —dijo a Nejludov, pronunciando con voz ronca palabras amables e indicándole una butaca cerca de su mesa—. ¿Lleva usted mucho tiempo en Petersburgo? Nejludov respondió que no. — ¿Y su señora madre, la princesa, sigue bien? —Mi madre murió. — ¡Perdóneme! Estoy verdaderamente desolado. Mi hijo me dijo que se había encontrado con usted. El hijo del general seguía la misma carrera que su padre, y, salido de la Escuela de Guerra para entrar en la Oficina de Información, estaba muy orgulloso de los trabajos que le confiaban. Tenía atribuciones en el servicio del espionaje. — ¡Ah, sí, hice el servicio con el padre de usted! Fuimos amigos, camaradas. ¿Y usted, está en el servicio? —No, no estoy en el servicio. El general tuvo un movimiento desaprobador de cabeza. —Tengo un ruego que hacerle, general —dijo Nejludov. — ¡Ajá! Muy bien. ¿Y en qué puedo servirle? —Si mi ruego le parece inoportuno, tenga la bondad de disculpármelo. Pero me creo en la obligación de formularlo. — ¿De qué se trata? —Entre los detenidos confiados a la custodia de usted se encuentra un tal Gurkevitch. Su madre desea verlo y, en caso de que eso sea imposible, solicita poderle mandar al menos libros. Ante estas palabras de Nejludov, el general no expresó ni contento ni descontento: se limitó a inclinar la cabeza, en actitud de reflexión. A decir verdad, no reflexionaba en modo alguno, y ni siquiera se interesaba por la petición de Nejludov, sabiendo de antemano que le respondería conforme a las órdenes. Simplemente dejaba descansar su espíritu, sin fatigarlo con pensamiento alguno. —Es que nada de eso depende de mí —respondió—. Un reglamento imperial determina las condiciones de las visitas. En cuanto a los libros, tenemos aquí una biblioteca: se da a los detenidos los libros que están autorizados. —Sí, pero él tiene necesidad de obras científicas; querría estudiar. —No crea usted nada de eso. —Y el general se calló—. No es para estudiar —continuó—; sino simplemente para soliviantar a la gente. —Pero es que en su penosa situación les hace falta un quehacer cualquiera —dijo Nejludov. — Siempre están quejándose —replicó el general—. ¿Dejaremos de conocerlos nosotros? Hablaba siempre de ellos como de una raza de hombres mala y colocada aparte. —La verdad es que en ninguna cárcel encontraría usted las comodidades que ellos tienen aquí —prosiguió. Y se puso a describir con pormenores aquellas «comodidades»; al oírlo, se habría podido suponer que la detención de los presos en la fortaleza tenía por único objeto proporcionarles un descanso agradable. —Antiguamente, es verdad que los trataban con bastante dureza, pero hoy se los trata lo mejor posible. Para comer se les dan tres platos y siempre uno de carne: picadillo o albóndigas. Los domingos, añadimos un plato suplementario, un postre. ¡Ojalá todos los rusos estuvieran alimentados como lo están ellos! Una vez arrastrado por su tema, el general, siguiendo la costumbre de los viejos, repetía cosas dichas cien veces para demostrar la ingratitud de los presos. —En cuanto a los libros —decía—, disponemos para ellos de obras religiosas y también de revistas viejas. Tenemos toda una biblioteca; a menudo incluso fingen interesarse por la lectura, y poco tiempo después nos devuelven los libros sin haber cortado las páginas, y que no han tocado en absoluto. En cuanto a los libros viejos, ni siquiera los hojean; para convencernos de eso, con frecuencia hemos puesto una señal casi

invisible —añadió el general con semblante risueño—. Tampoco se les prohíbe escribir. A este efecto les proporcionamos pizarras, sobre las cuales pueden entretenerse en escribir, borrar, escribir de nuevo..., pero tampoco eso va con ellos. Sólo al principio muestran un poco de agitación; después, engordan y cada vez se hacen más tranquilos —decía el general sin ni siquiera darse cuenta del terrible significado de sus palabras. Nejludov escuchaba aquella voz cascada, examinaba aquellos miembros fofos, aquellos párpados hinchados bajo las cejas hirsutas, aquellas mejillas colgantes y rasuradas, sostenidas por el cuello militar; aquella crucecita blanca de la que aquel hombre se sentía tan orgulloso porque era la recompensa de una cruel carnicería en masa; y Nejludov comprendía que era inútil explicar nada a un hombre semejante. Hizo sin embargo un esfuerzo para hablarle de otro asunto: de la presa Schustova, respecto a la cual le habían dicho que se había cursado la orden para que la pusieran en libertad. —¿Schustova? ¿Schustova...? No los conozco a todos por el nombre. Son tan numerosos... —respondió con aire de reprocharles aquella abundancia. Tocó la campanilla y dijo que llamasen al secretario. Mientras iban a buscar a éste, aconsejaba a Nejludov que volviese a entrar en el servicio, diciendo que los hombres honrados y honorables, y él se contaba entre ellos, eran indispensables para el zar... y para la patria —añadía, evidentemente sólo por la sonoridad de la frase. —Así, he aquí que yo soy viejo, y sigo sirviendo mientras me lo permitan mis fuerzas. El secretario, un hombre enjuto, de ojos inquietos y malignos, entró a informó que Schustova estaba detenida en un recinto fortificado y que ninguna orden había llegado respecto a ella. —En cuanto la recibamos, la pondremos en libertad el mismo día; no solemos retenerlos. No procuramos en absoluto prolongar su visita —dijo el general con un nuevo intento de sonrisa estúpida que consiguió únicamente dibujar una mueca en su viejo rostro. Nejludov se levantó, costándole gran trabajo disimular la repulsión, mezclada con lástima, que le inspiraba aquel horrible viejo. Y éste consideraba que por su parte no debía mostrarse demasiado severo con el hijo descarriado de su antiguo camarada y creía su deber darle una lección. —¡Adiós, querido mío! No tome a mal lo que le digo; es por pura amistad; pero no se mezcle usted en los asuntos de nuestros presos. No hay ninguno que sea inocente. Todos son unos depravados y nosotros los conocemos muy bien —dijo con un tono que no dejaba lugar a dudas. Y él no dudaba, en efecto; no porque fuese la realidad, sino porque, en el caso contrario, lejos de considerarse un bravo héroe que acaba dignamente una vida ejemplar, habría tenido que reconocerse un miserable que vendió su conciencia y continuaba vendiéndola durante su vejez. —Y, créame, lo mejor es estar en el servicio. El zar tiene necesidad de gente honrada..., la patria también... Piense un poco en lo que ocurriría si yo, si todos los hombres de nuestra índole, no prestáramos servicio. ¿Qué quedaría entonces? Sería tanto como desaprobamos las instituciones, sin querer nosotros mismos ayudar al gobierno. Nejludov suspiró, se inclinó profundamente, estrechó la manaza anquilosada del anciano y se retiró. Después de un movimiento de cabeza desaprobador, el general se frotó los riñones y volvió al saloncito donde lo aguardaba el joven artista que había anotado ya la respuesta de santa Juana de Arco. El general se caló las lentes y leyó: «...se reconocen una a otra según la luz que se desprende de su cuerpo etéreo...» — ¡Ah! —exclamó el general, cerrando los ojos con satisfacción—. Pero si la luz es la misma para todas, ¿cómo es posible distinguirla? —preguntó. Y entremezclando de nuevo sus dedos con los del artista, volvió a sentarse ante la mesita. El cochero de Nejludov franqueó la puerta de la fortaleza. — ¡Ah, barin, cómo se aburre uno aquí! —dijo—. Por poco me marchó sin esperarlo. —Sí, se aburre uno convino Nejludov, respirando a pleno pulmón y fijando, para calmarse, los ojos en las vaporosas nubes que pasaban por el cielo, así como sobre el espejeo del Neva sobre el cual se deslizaban barcas y vapores. XX El día siguiente era el fijado para el examen del asunto de Maslova, y Nejludov se dirigió al Senado. Ante la majestuosa escalinata del palacio, donde estaban ya alineados numerosos coches, encontró al abogado, que asimismo acababa de llegar. Después de subir la suntuosa escalera hasta el segundo piso, el abogado, que conocía las interioridades del lugar, se dirigió hacia la puerta de la izquierda, sobre la cual estaba pintada la fecha de la promulgación del nuevo código. En el vestíbulo principal se quitaron los abrigos, y, habiéndose enterado por el portero de que todos los senadores estaban allí y que el último acababa de llegar, Fánarin, de frac y corbata blanca sobre una pechera almidonada, pasó con suficiencia y aire jovial a la habitación contigua. Allí se encontraban: a la derecha, un gran armario y una mesa; a la izquierda, una escalera de caracol por la que bajaba en aquel momento un funcionario de elegante uniforme y con la cartera bajo el brazo. La atención general se centraba en un viejecito de aspecto patriarcal, de largos cabellos blancos y chaqueta y pantalones grises; dos escribientes permanecían ante él en una actitud particularmente respetuosa. El viejecito entró en el armario guardarropa y desapareció allí. Mientras tanto, Fánarin, que había divisado a uno de sus colegas, igualmente de frac y con corbata blanca, entabló con él una animada conversación mientras Nejludov examinaba a los que se encontraban en la sala. Había allí una quincena de personas, entre ellas dos señoras: una muy joven, con impertinentes; la otra ya encanecida. Aquel día tenían que examinar un asunto de difamación cometida por medio de la prensa, lo que había atraído a un público más numeroso que de costumbre, perteneciente en su mayor parte al mundo de los periodistas. El ujier, un hombre soberbio y rubicundo, vestido con

un imponente uniforme y que llevaba un papel en la mano, se acercó a Fanarin para preguntarle en qué asunto debía abogar. Al enterarse de que se trataba del asunto de Maslova, tomó nota y se alejó. La puerta del armario se abrió y salió de él el viejecito de aspecto patriarcal, no ya con chaqueta, sino vistiendo un uniforme adornado de galones y de pasamanería que lo hacían parecerse a un pájaro. Por lo demás, aquel disfraz ridículo debía de molestarle a él también, porque atravesó la habitación más rápidamente que de costumbre. —Es Be, un hombre respetable —dijo el abogado a Nejludov. Y después de haber presentado este último a su colega, habló del asunto que se iba a juzgar y que, a su juicio, era muy interesante. Pronto se abrió la sesión. Nejludov penetró en la sala con el resto del público. Todo el mundo, incluyendo a Fanarin, se acomodó en la habitación reservada al público, detrás de la rejilla. Sólo la franqueó el abogado de Petersburgo y fue a sentarse ante un pupitre. La sala era menos amplia y de una ornamentación más simple que la de la Audiencia Provincial. Se distinguía de ésta en que la mesa a la que estaban sentados los senadores estaba cubierta, en lugar de con paño verde, con terciopelo color de cereza galoneado de oro. Se veían allí los atributos habituales de las cámaras de justicia: la estatua vendada, el icono y el retrato del soberano. El ujier, también él todo solemne, anunció: — ¡El tribunal! Inmediatamente todo el mundo se puso en pie; al punto entraron los senadores con uniforme de gala, quienes pasaron a sentarse en sus sillones de alto respaldo y, apoyando los codos en la mesa, trataron de adoptar una actitud natural. Los senadores eran cuatro: el presidente, Nikitin, un hombre sin barba, de rostro alargado y ojos de acero; Wolff, con los labios significativamente apretados, que hojeaban el sumario con sus blancas y pequeñas manos; Skovorodnikov, alto, pesado, marcado el rostro por la viruela, y sabio jurista, y finalmente, Be, el viejecito de aspecto patriarcal, que había llegado el último. Detrás de los senadores entraron el escribano en jefe y el sustituto del fiscal general, joven, enjuto, rasurado, con una tez sombría y ojos negros llenos de tristeza. A pesar de la extraña vestimenta que llevaba y aunque no se hubiesen vuelto a ver desde hacía seis años, Nejludov reconoció en él a uno de sus mejores condiscípulos de la universidad. — ¿No se llama Selenin el fiscal? —preguntó al abogado. —Sí, ¿por qué? —Lo conozco mucho: es un hombre excelente. —Y un buen fiscal interino, muy enterado. A él es a quien debía usted haberle pedido su apoyo —dijo el abogado. — ¡OH, éste no actuará nunca más que de acuerdo con su conciencia! —dijo Nejludov, acordándose de sus relaciones íntimas con Selenin y de las cualidades encantadoras de pureza, honradez y corrección de éste, en el mejor sentido de la palabra. —Por lo demás, ahora sería demasiado tarde —murmuró Fanarin, dedicando ya toda su atención al asunto. Nejludov se puso a escuchar igualmente, esforzándose en comprender lo que ocurría ante sus ojos. Pero, lo mismo que en la Audiencia Provincial, chocaba con el procedimiento mismo de la discusión, que versaba no sobre el fondo, sino sobre circunstancias accesorias del proceso. La causa de aquel juicio era un artículo de periódico denunciando la malversación del presidente de una sociedad montada por acciones. Parecía evidente que lo importante habría sido investigar primeramente si en verdad había existido robo y, en caso afirmativo, poner fin a aquello. Pero de eso, ni una sola palabra. Se discutió sobre la cuestión de saber si tal o cual párrafo del código daba derecho al director del periódico para imprimir el artículo de su colaborador y, una vez impreso, si había habido difamación o calumnia, y, además, si difamación implica calumnia, y la calumnia implica difamación; luego, otras .innumerables cosas muy poco —inteligibles para el común de los mortales, respaldadas por una multitud de artículos y de acuerdos tomados por todas las cámaras reunidas. Nejludov comprendió sin embargo que Wolff, ponente del asunto, quien la víspera misma le había dado a entender muy claramente que el Senado no tenía nunca que juzgar sobre el fondo, se empeñaba por el contrario en invocar argumentos de fondo para hacer anular la sentencia del tribunal de apelación, en tanto que Selenin, tan frío de ordinario, sostenía con el mismo ardimiento la tesis opuesta. Aquel calor de Selenin, notado por Nejludov, procedía que consideraba al presidente de la sociedad anónima como a un hombre poco escrupuloso y a que se había enterado de la presencia de Wolff en una comida suntuosa ofrecida por aquel financiero casi en vísperas del proceso. Como hoy Wolff exponía el asunto con una gran prudencia, pero con una parcialidad no menos evidente, Selenin se animó y expresó su opinión con un nerviosismo exagerado en aquellas circunstancias. Visiblemente, sus palabras chocaron a Wolff, quien enrojeció, hizo gestos de sorpresa y, con aire digno y vejado, se retiró con los demás senadores a la sala de deliberaciones. — ¿Por qué caso viene usted? —preguntó de nuevo el ujier a Fanarin en cuanto los senadores hubieron salido. — ¡Pero si ya se lo he dicho: el caso Maslova! —Está bien. El caso debe verse hoy, pero... — ¿Qué pasa? —Mire, este asunto había que resolverlo sin que estuviese en presencia el abogado defensor; por tanto es dudoso que los señores senadores salgan de su cámara después de dictada la sentencia. Pero lo anunciaré a usted. — ¿Cómo? ¿Qué quiere decir eso? —Lo anunciaré, lo anunciaré, diré que está usted aquí. Y el ujier tomó nota en un papel. En efecto, los senadores tenían la intención, después de haber pronunciado su veredicto en el asunto de difamación, de terminar los otros asuntos, incluyendo el de Maslova, sin salir de su sala de deliberaciones, fumando y tomando el té. XXI Una vez sentados los senadores ante su mesa de deliberaciones, Wolff, con animación, se puso a exponer los motivos adecuados para anular la

sentencia. El presidente, ya de por sí poco benévolo, se encontraba peor dispuesto aquel día. Durante el curso de la sesión había previamente paralizado su opinión y se engolfaba ahora en sus pensamientos sin escuchar a Wolff. Ahora bien, sus pensamientos se concentraban sobre un pasaje de sus memorias, escrito la víspera, donde contaba cómo había sido suplantado por Vilianov en un puesto importante que anhelaba desde hacía mucho tiempo. Este presidente Nikitin estaba, en efecto, íntimamente convencido del valor documental que tendría, para la Historia, su opinión sobre los altos funcionarios a los que se preciaba de conocer. En un capítulo redactado la víspera vituperaba a algunos de estos altos personajes, acusándolos, según su propia expresión, de haberle impedido salvar a Rusia de la ruina a la que la arrastraban los dirigentes actuales; y eso significaba que le habían impedido apelar a un tratamiento mucho más enérgico. De momento se preguntaba si su redacción era bastante clara para que, gracias a él, todos aquellos hechos llegasen a la posteridad con una significación completamente nueva. —Desde luego —respondió sin escuchar a Wolff, que le había dirigido la palabra. Be por su parte, escuchaba a Wolff con tristeza, dibujando guirnaldas sobre un papel colocado delante de él. Este Be era un liberal de la más pura cepa. Conservaba cuidadosamente las tradiciones del decenio de 1860, y si se apartaba de su rigurosa imparcialidad, era siempre en un sentido liberal. En esta ocasión, además de que el financiero pleiteante era un hombre poco honrado, Be estaba a favor de la confirmación de la sentencia, porque aquella acusación de libelo esgrimida contra un periodista restringía la libertad de prensa. Cuando Wolff hubo terminado su argumentación, Be, abandonando su guirnalda, se puso a hablar con melancolía (su tristeza se la causaba el hecho de tener que pasar por semejantes trivialidades), y con una voz dulce, agradable, demostró con evidencia y simplicidad lo mal fundado de la queja; luego bajó su blanca cabeza y continuó dibujando su guirnalda. Skovorodnikov, sentado frente a Wolff y constantemente ocupado en meterse en la boca los pelos de su bigote y de su barba, intervino, en cuanto Be terminó de hablar, para declarar con voz alta y agresiva que, aunque el presidente de la sociedad anónima fuese un perfecto canalla, no por eso dejaba él de tener la opinión de que se casase la sentencia, si existían vicios de procedimiento. Pero como no existía ninguno, se puso del lado de Iván Semionovitch, (Be), satisfecho por aquel picotazo que asestaba a Wolff. El presidente, habiéndose atendido a la opinión de Skovorodnikov, dio como resultado que la queja estaba mal fundada. Wolff se sentía tanto más descontento cuanto que, por diversas alusiones, había comprendido que sus colegas sospechaban en él una cierta parcialidad. Por eso, adoptando un aire indiferente, abrió el legajo del asunto Maslova y se engolfó en él. Los senadores, después de haber llamado para pedir té, encauzaron la conversación sobre un tema que casi con el mismo interés que el duelo de Kamensky preocupaba a todo Petersburgo. Un director de ministerio había sido sorprendido en el flagrante delito de cometer un acto previsto en el artículo 955. — ¡Qué porquería! —dijo Be con repugnancia. — ¡Qué encuentra usted en eso de malo? Le mostraré en nuestra literatura el proyecto de un autor alemán que propone tranquilamente que el casamiento entre hombres no se considere un crimen —replicó Skovorodnikov, aspirando con avidez el humo de un cigarrillo arrugado que sujetaba entre la palma de la mano y la raíz de los dedos, y estallando en una gran risotada. — ¡No es posible! —exclamó Be. —Ya se lo enseñaré —respondió Skovorodnikov, citando el título completo de la obra, la tirada y el lugar de edición. —Se asegura que va a ser enviado como gobernador a no sé qué parte, en el fondo de Siberia —dijo Nikitin. —Será algo perfecto. Me estoy imaginando al obispo que sale a su encuentro con la cruz. No haría falta más sino que el obispo fuera demasiado comprensivo —dijo Skovorodnikov, arrojando su colilla en el platillo. Luego apresó en la boca todo lo que pudo de su barba y de su bigote y se puso a masticar. En aquel momento, el ujier entró en la sala de deliberaciones para advertir a los senadores que el abogado y Nejludov deseaban asistir al examen de la instancia de Maslova. —He aquí el asunto: ¡es todo una novela! —dijo Wolff, quien contó a sus colegas lo que sabía de las relaciones entre Nejludov y Maslova. Cuando hubieron hablado, fumado cigarrillos y bebido té, los senadores volvieron a entrar en la sala de sesiones y dieron a conocer su decisión respecto al asunto de libelo; luego pasaron a examinar el de Maslova. Con su voz meliflua, Wolff emitió un informe muy claro sobre la solicitud de casación presentada por Maslova, y de nuevo, con una parcialidad visible, manifestó el deseo de que la sentencia quedase anulada. — ¿Tiene usted algo que añadir? —preguntó el presidente volviéndose hacia Fanarin. Este se levantó, alisó la immaculada pechera de su camisa y, metódicamente, con una precisión y una convicción notables, se puso a probar que los debates de la Audiencia Provincial habían presentado seis puntos contrarios a la interpretación exacta de la ley; luego se permitió rozar el fondo del asunto, a fin de demostrar hasta qué punto el veredicto de la Audiencia Provincial había sido de una injusticia flagrante. Bajo el tono breve pero firme de su discurso parecía excusarse por tener que insistir sobre aquello ante los señores senadores, que con su perspicacia y su sabiduría jurídicas veían y comprendían mejor que él; pero su deber lo obligaba a hacerlo. Después de aquel alegato, parecía que era imposible dudar de la anulación de la sentencia. Cuando Fanarin hubo terminado, tuvo una sonrisa de triunfo, y esa sonrisa proporcionó a Nejludov la certidumbre del éxito. Pero al mirar a los senadores, vio que Fanarin era el único que sonreía y que triunfaba. Porque

ellos y el fiscal interino estaban lejos de sonreír y de triunfar: tenían, por el contrario, el aire aburrido de la gente que pierde el tiempo, y todos parecían decir al abogado: «Siga hablando. Ya hemos escuchado a otros muchos, y es perfectamente inútil.» Su satisfacción apareció simplemente cuando el abogado concluyó y dejó de importunarlos. El presidente concedió a continuación la palabra al sustituto del fiscal general. Pero Selenin se limitó a declarar brevemente, aunque con claridad y precisión, que los diversos motivos de casación invocados estaban mal fundados y que la sentencia debía ser mantenida, tras de lo cual los senadores se levantaron y se retiraron para deliberar. De nuevo se dividieron las opiniones: Wolff insistía a favor de la casación; Be, que había sido el único que había comprendido de qué se trataba, opinaba en el mismo sentido y presentaba a sus colegas un vívido cuadro del error de los jurados. Nikitin, partidario como siempre de la severidad en general y de las formas en particular, se oponía a la casación. Todo quedaba, pues, subordinado al voto de Skovorodnikov. Pero éste se opuso a la casación, principalmente porque el proyecto de Nejludov de casarse con aquella mujer por imperativos de su conciencia moral, lo escandalizaba hasta el más alto punto. Skovorodnikov era materialista, darwinista; cualquier manifestación de la moral abstracta, y con más motivo de la moral religiosa, le parecía no solamente una vil insania, sino casi una injuria personal. Todos aquellos avatares con semejanza prostituta, la defensa de ésta ante el Senado por un abogado de renombre, y la presencia misma de Nejludov, todo aquello le repugnaba. Por eso, metiéndose la barba en la boca y haciendo muecas, fingiendo con una naturalidad perfecta no saber nada del asunto, sino tan sólo que los motivos de casación eran insuficientes, opinó, como el presidente, que la petición no debía aceptarse. En consecuencia, la instancia de Maslova fue rechazada. XXII — ¡Pero es horrible! —exclamó Nejludov saliendo con el abogado a la sala de espera—. En un asunto de una claridad tal, respetan la forma y rechazan... ¡Es espantoso! —El asunto se ha presentado mal —respondió el abogado. — ¡Y el mismo Selenin opuesto a la casación! ¡Es terrible! —exclamó Nejludov—. ¿Qué hacer ahora? —Presentar un recurso de gracia. Ocúpese de eso usted mismo mientras está aquí. Voy a redactárselo. En aquel momento, el senador Wolff, con su uniforme atiborrado de cruces, entró en la sala y se acercó a Nejludov. — ¿Qué hacer, querido príncipe? Los motivos de casación eran insuficientes —dijo, encogiendo sus estrechos hombros y bajando los párpados. Y pasó de largo. Detrás de Wolff apareció Selenin, quien se había enterado por los senadores de la presencia de su antiguo amigo Nejludov. —No esperaba encontrarte por aquí —le dijo, con una sonrisa en los labios mientras sus ojos seguían tristes. —Y, por mi parte, ignoraba que fueses fiscal general. —Sustituto —rectificó Selenin—. ¿Cómo es que estás en el Senado? —preguntó. —He venido con la esperanza de encontrar aquí justicia y piedad para una desgraciada mujer condenada injustamente. — ¿Qué mujer? —Pues esa cuyo destino acabáis de decidir. — ¡Ah, el asunto Maslova! —recordó Selenin—. Su instancia carecía de fundamento. —No se trataba de su instancia, sino de ella misma. Es inocente, y la castigan. Selenin exhaló un suspiro. —Sí, es posible, pero... —No solamente posible; es rigurosamente cierto. — ¿Cómo lo sabes? —Porque yo formaba parte del jurado. Y sé que nuestro veredicto adolecía de error. Selenin reflexionó un instante. —Había que haberlo declarado en seguida —dijo. —Lo declaré. —Había que haberlo inscrito en el proceso verbal. Si ese motivo hubiese venido adjunto a la instancia... — ¡Pero bastaba examinar el asunto para ver la incoherencia del veredicto! —exclamó Nejludov. —El Senado no tenía derecho para decirlo. Si se arriesgaba a anular una sentencia basándose sobre el modo como concibe la rectitud de ésta, no solamente podría suceder que a veces aumentase la parte de injusticia —replicó Selenin, pensando en Wolff y en el asunto que se acababa de juzgar—, sino que las decisiones de los jurados no tendrían ya razón de ser. —Todo lo que sé es que esta mujer es inocente y que en lo sucesivo se ha perdido para ella toda esperanza de escapar a un castigo monstruoso. ¡La justicia suprema ha confirmado una flagrante injusticia! —En modo alguno; no ha confirmado nada, puesto que no tenía que juzgar el asunto a fondo —arguyó Selenin, dejando pasar una mirada entre los párpados entornados. Selenin, siempre muy ocupado y frecuentando poco el mundo, ignoraba sin duda la novela de Nejludov. Habiéndolo notado éste, juzgó inútil hablarle de sus relaciones particulares con Maslova. —Probablemente te habrás alojado en casa de tu tía, ¿no? —preguntó Selenin con objeto de cambiar de conversación —Me dijeron ayer que estaban aquí. La condesa me invitó la otra noche a asistir contigo, en su casa, a la conferencia del nuevo predicador —añadió con la sonrisa en los labios. —Estuve allí, en efecto, pero el desagrado hizo que me alejara —dijo Nejludov con malhumor, descontento por el hecho de que Selenin se hubiese puesto a hablar de otra cosa. — ¿Disgustado por qué? Por limitado y fanático que sea eso, no deja de ser manifestación de un sentimiento religioso. — ¡Vamos! ¡Una monstruosa locura! —exclamó Nejludov. —Nada de eso. Lo extraño y molesto es el hecho de que nuestra ignorancia de los preceptos de la Iglesia es tal, que la exposición de nuestros dogmas fundamentales nos parece una novedad —dijo Selenin como si tuviese prisa en expresarle a su antiguo amigo opiniones tan insólitas. Nejludov lo examinó con una mezcla de atención y de sorpresa mientras Selenin bajaba los ojos, que expresaban no solamente tristeza, sino casi hostilidad. — ¿Tú crees, pues, en los dogmas de la Iglesia? —le preguntó Nejludov. —Desde luego, creo en ellos —respondió

Selenin, mirando a Nejludov con una mirada recta pero apagada. — ¡Qué cosa más rara! — murmuró éste suspirando. — Por lo demás, volveremos a hablar de eso otra vez — continuó Selenin—. Ya voy — dijo al ujier, que se le había acercado con aire respetuoso—. Es absolutamente preciso que volvamos a vernos, pero, ¿cuándo volveré a encontrarte? A mí me encontrarás siempre cenando a las siete en la calle Nadejdinskaia. — E indicó el número—. ¡Vaya, cuánta agua ha pasado bajo los puentes desde nuestra última conversación! — acabó, antes de alejarse, sonriendo solamente con los labios. — Iré a verte si me es posible — respondió Nejludov. Pero en el fondo de sí mismo comprendía que Selenin, antes tan querido y tan próximo, se convertía para él, después de esta breve conversación, no solamente en un ser extraño e incomprensible, sino hostil. XXIII En la época en que Nejludov era estudiante con Selenin, éste era un hijo excelente, un fiel camarada, y, para su edad, un hombre de mundo muy instruido, de un tacto perfecto, siempre elegante y guapo y al mismo tiempo franco y honrado. Estudiaba con facilidad, sin la menor pedantería, y obtenía medallas de oro por sus trabajos. El objetivo de su joven vida era servir a los hombres, no solamente con palabras, sino con actos. Y no se representaba esta misión de otra manera que bajo la forma de servicio al Estado. Así, apenas terminados sus estudios, examinó metódicamente todos los géneros de actividad a los que podía dedicarse; y tras decidir que podría emplear con la mayor utilidad sus facultades en la segunda sección de la cancillería imperial privada, que tenía entre sus atribuciones la redacción de las leyes, allí fue donde entró. A pesar del más estricto y más escrupuloso cumplimiento de todo lo que exigía de él su función, no encontró allí ni la satisfacción de ser útil conforme a su deseo, ni la conciencia de cumplir con su deber. Este descontento de sí mismo se aumentó además a consecuencia de sus tirantezas con su jefe inmediato, hombre mezquino y vanidoso. Tuvo, pues, que abandonar la cancillería privada para entrar en el Senado, donde se sintió más a sus anchas. Pero el mismo descontento lo perseguía allí; porque no dejaba de sentir que lo que hacía no era lo que habría querido hacer, no era lo que habría debido ser. Durante su servicio en el Senado, sus parientes habían obtenido para él el nombramiento de gentilhombre de Cámara y había tenido que ir con uniforme bordado, delantal de tela blanca, y en calesa, a presentarse en casa de numerosas personas para darles las gracias por haberlo elevado a la dignidad de lacayo. A pesar de todos sus esfuerzos, no pudo encontrar una explicación razonable para este cargo. Y, más aún que sus servicios de funcionario, sentía que «no era eso». Sin embargo, por una parte, no podía rehusar aquel nombramiento, so pena de entristecer a los que estaban persuadidos de haberle hecho un gran favor; por otra parte, aquello halagaba los instintos inferiores de su propia naturaleza, y se sentía encantado de ver reflejarse en el espejo su uniforme bordado de oro y gozar del respeto provocado en algunas personas por aquel nuevo título. Lo mismo le había ocurrido en cuanto a su casamiento. Desde el punto de vista mundano, le habían encontrado un brillante partido. Se había casado principalmente por la misma razón de que al negarse habría ofendido o apenado, tanto a la novia, que deseaba aquel casamiento, como a los que lo habían arreglado, y porque la unión con una joven de buena familia, por lo demás encantadora, halagaba su amor propio y le resultaba agradable. Pero, menos aún que su empleo y su cargo en la corte, su matrimonio «no era eso». Después del primer hijo, su mujer no había querido tener más y había empezado a llevar una existencia mundana y agitada en la que, a pesar suyo, él debía tomar parte. No muy bonita, su mujer le era fiel, y aunque no extraía de su vida mundana más que una extrema fatiga, se sometía a ella con puntualidad, envenenando al mismo tiempo la existencia de su marido. Todas las tentativas de éste por cambiar cualquier cosa en aquello chocaban contra una certidumbre firme como una roca en su mujer, sostenida además por sus parientes y sus amigos, en el sentido de que era así como había que vivir. La hija, una niña de largos bucles dorados, de pantorrillas desnudas, era un ser completamente extraño para su padre, porque su educación no era en absoluto la que él habría deseado. Entre los esposos reinaba una incomprensión permanente, incluso la ausencia de todo deseo de comprenderse, una lucha sorda, silenciosa, oculta a los desconocidos y suavizada por las conveniencias. Todo esto hacía penosa para Selenin la vida de familia. Y ésta «no era eso», como no lo eran tampoco el matrimonio, el empleo y el cargo en la corte. Pero, por encima de todo, lo que «no era eso» era la cuestión creencia. Como todos los hombres de su mundo y de su tiempo, había desgarrado sin el menor esfuerzo, por su desarrollo intelectual, los vínculos de las creencias religiosas que le había imbuido su educación, y ya ni él mismo se acordaba de en qué momento se había liberado de aquello. Hombre joven, honrado y serio en el tiempo de sus estudios universitarios y de su amistad con Nejludov, no hacía ningún secreto de la independencia que había conquistado en lo referente a los dogmas de la religión oficial. Con los años y el ascenso en la jerarquía, y sobre todo después del período reaccionario que había sucedido al de liberalismo, esta libertad moral se le había convertido en una traba. Por un lado, la muerte de su padre, las ceremonias eclesiásticas que la habían acompañado, el deseo de su madre de verlo comulgar, deseo que respondía igualmente a las exigencias de la opinión pública, y, por otra parte, su cargo de funcionario, lo habían obligado a cada instante a asistir a numerosas ceremonias religiosas: inauguraciones, acciones de gracias, etcétera, tanto, que raramente pasaba un día sin que tuviera que tomar parte en alguna

manifestación exterior del culto. Al asistir a ellas, le era preciso pues: o fingir creer en lo que no creía, cosa que le estaba prohibida por la rectitud de su carácter, o bien considerar como mentiroso aquel culto exterior y organizar su vida de tal forma que no se viese obligado a participar en aquella mentira. Pero por poco importante que pudiese parecer una a otra de estas resoluciones, imponía muchas trabas: aparte de que habría tenido que verse en antagonismo continuo con todos sus parientes y las personas más próximas, le habría hecho falta cambiar enteramente su situación, abandonar su empleo y sacrificar todo aquel deseo que creía poder realizar ya en su función de ser útil a los hombres, con la esperanza de conseguirlo mejor en el porvenir. Y para hacer eso le habría hecho falta estar bien seguro de seguir el buen camino. Ciertamente que no podía ignorar que estaba en el camino recto al negar el principio de la Iglesia oficial; pero, bajo la presión de la vida ambiente, él, el hombre justo, se dejaba seducir por una ligera mentira diciéndose que para afirmar la irracionalidad de lo que es irracional, ante todo hacía falta estudiarlo. Era ésa una pequeña mentira, pero lo había llevado hacia la gran mentira en la que actualmente estaba sumido.

Inmediatamente después de haberse planteado la pregunta relativa a conocer la justeza de la ortodoxia en la que había nacido y había sido criado, cuya creencia estaba exigida por todo el mundo que lo rodeaba y sin la cual no podía continuar haciéndose útil a los hombres, no había recurrido a las obras de Voltaire, de Schopenhauer, de Spencer o de Comte, sino a los libros filosóficos de Hegel, a las obras religiosas de Vinet y de Jomiakov, y, naturalmente, había encontrado en ellas lo que buscaba: una apariencia de justificación de la doctrina religiosa en la que lo habían criado, aunque, desde hacía mucho tiempo, su razón no la admitiese ya, pero cuya aceptación debía apartar una serie de molestias que de otro modo llenarían su vida toda. Había hecho suyos todos los sofismas a los cuales se suele recurrir, a saber: que la razón de un solo individuo es incapaz de conocer la verdad; que la verdad no se revela más que al conjunto de los hombres; que el único medio de conocerla es la revelación; que la revelación está bajo la custodia de la Iglesia, etcétera. Y, desde aquel momento, sin tener conciencia de la mentira, podía asistir con toda tranquilidad a las misas, vísperas y maitines, y podía comulgar, persignarse ante los iconos y continuar su servicio de funcionario que le procuraba la satisfacción del deber cumplido y el consuelo de sus fastidios de familia. Creía tener fe y, sin embargo, más que nunca, sentía con todo su ser que su fe aún «no era eso». De ahí que su mirada estuviera siempre llena de tristeza. Por eso, al divisar a Nejludov, al que había conocido antes de estar penetrado ya por todas aquellas mentiras, volvió a verse tal como era en otros tiempos; y, en el momento en que aludió presurosamente a sus puntos de vista sobre la religión, sintió con más fuerza aún que «no era eso», y una pena desgarradora lo invadió. Es lo que sintió igualmente Nejludov en cuanto se hubo disipado la primera impresión gozosa de su encuentro con su antiguo amigo. Y por eso, aun prometiéndose volver a verse, no procuraron ni uno ni otro llevar a cabo esa entrevista y no llegaron a encontrarse durante la estancia de Nejludov en Petersburgo.

XXIV

Al salir del Senado, Nejludov y el abogado caminaron juntos por la acera. El abogado, después de haber ordenado a su cochero que lo siguiese, le contó a Nejludov la aventura de aquel director de ministerio del que los senadores habían hablado entre ellos; le dijo cómo después de estar convicto de su crimen, en lugar de mandarlo a la cárcel, como exigía el código, iban a ponerlo a la cabeza de una provincia en Siberia. Luego, acabada aquella repugnante historia, contó aún, con un placer particular, cómo altos personajes habían robado el dinero recogido para erigir un monumento y que se quedó así inacabado, personajes ante los cuales habían pasado aquella misma mañana; cómo la amante de fulano ganaba millones en la Bolsa; cómo uno había vendido a su mujer y otro la había comprado; luego inició otro relato sobre las estafas y toda clase de crímenes cometidos por altos funcionarios que, lejos de estar en prisión, se hallaban instalados en los sillones presidenciales de diversas instituciones. El abogado parecía extraer de aquellos relatos, (cuya fuente era por lo visto inagotable), una gran satisfacción: le permitían, en efecto, demostrar que los medios de que usaba él mismo para ganar dinero eran absolutamente legítimos e irreprochables en comparación con los que empleaban los más altos personajes de Petersburgo. Por eso fue grande su sorpresa cuando, en la mitad misma de una de sus anécdotas, vio que Nejludov se despedía de él y llamaba a un coche de punto para marcharse. Nejludov estaba muy triste. Lo estaba sobre todo porque el Senado había confirmado el martirio insensato impuesto a la inocente Maslova, y también porque aquella condena hacía más difícil para él la realización de su proyecto de casamiento con ella. Su tristeza aumentaba aún por aquellas monstruosas historias sobre el mal imperante del que el abogado hablaba con tanta complacencia. En fin, seguía viendo la mirada glacial y hostil de Selenin, en otros tiempos tan afectuoso, tan franco y tan noble. Cuando entró en casa de su tía, el portero le entregó, con un cierto matiz de desdén, una carta que «cierta mujer», según su expresión, había traído para él. Era de la madre de Schustova y escribía que había venido a dar las gracias al «bienhechor», al «salvador» de su hija, y le suplicaba que fuera a verlas a la calle Vassili-Ostrov, en el número tal, piso cual. Añadía que era por algo que interesaba a Vera Efreimovna. Le rogaba que no temiese un desbordamiento de gratitud, pues ni siquiera se hablaría de aquello, pero que simplemente se sentirían dichas pudiéndolo ver y, si era posible, al día siguiente por la mañana. Había otra carta de uno de sus

antiguos camaradas, ayudante de campo del emperador, Bogatyrev, a quien Nejludov le había rogado que entregase personalmente al soberano una solicitud dirigida por él en nombre de los sectarios. Con su gran letra firme, Bogatyrev le informaba que, según su promesa, entregaría en propias manos la instancia al emperador, pero que se le había ocurrido una idea. ¿No convendría más, ir a ver primeramente al personaje del que dependía aquel asunto y solicitarlo? Después de todas las impresiones experimentadas durante su estancia en Petersburgo, Nejludov se sentía profundamente desalentado. Los proyectos que había formado en Moscú se le aparecían ahora como esos sueños juveniles que se desvanecen al contacto con la vida real. Pero, de cualquier forma, consideró como un deber llevar a cabo todo lo que tenía que hacer en Petersburgo y decidió que, después de visitar a Bogatyrev, seguiría su consejo y al día siguiente iría a ver al personaje del que dependía el asunto de los sectarios. Mientras reflexionaba, sacó la solicitud de su cartera y se disponía a releerla cuando un lacayo vino a decirle que la condesa Catalina Ivanovna le rogaba que subiese para tomar el té. Nejludov dijo que iría en seguida y, después de volver a meter la instancia en su cartera, subió a las habitaciones de su tía. Durante el trayecto distinguió por la ventana de la escalera el par de alazanes de Mariette parados delante de la casa; y de pronto sintió en el corazón un hálito de alegría y el deseo de sonreír. Tocada esta vez con un sombrero claro y ataviada con un vestido de matices diversos, Mariette estaba sentada en una silla cerca de la butaca de la condesa; con una taza de té en la mano, charlaba, brillándole sus hermosos ojos risueños. En el instante en que Nejludov penetró en el salón acababa de decir algo tan gracioso y tan atrevido, (Nejludov lo adivinó por su manera de reír), que a la buena condesa bigotuda Catalina Ivanovna la llenó de una alegría loca que sacudía su corpachón de pies a cabeza, mientras Mariette, con una expresión maliciosa, la risueña boca ligeramente contorneada y la cabeza enérgica y gozosa un poco ladeada, examinaba a su amiga sin decir nada. Por algunas palabras, Nejludov comprendió que hablaban de aquella segunda noticia que acaparaba actualmente las conversaciones de Petersburgo, el episodio del nuevo gobernador siberiano, a propósito del cual Mariette había contado un chiste tan gracioso que provocaba en la condesa aquella hilaridad tan prolongada. — ¡Me harás morir de risa! —exclamaba entre dos carcajadas. Después de haberlas saludado, Nejludov se sentó cerca de ellas. Pero apenas había tenido tiempo para tomar a mal la ligereza de Mariette, cuando esta misma, notando la expresión severa de su rostro y deseando agraderle, (deseo que le había entrado desde que había vuelto a verlo), modificó no sólo la expresión de su rostro, sino también su disposición de ánimo. Inmediatamente se puso seria, se sintió descontenta de su vida, llena de vagas aspiraciones, y todo esto con sinceridad, sin hipocresía y sin esfuerzo. Por instinto, se puso al unísono del estado de ánimo de Nejludov, aunque ella no habría podido definir exactamente en qué consistía. Lo interrogó sobre el resultado de sus gestiones, y él contó el fracaso de sus esfuerzos en el Senado y su encuentro con Selenin. — ¡Ah, qué alma tan pura! ¡He ahí verdaderamente al caballero sin miedo y sin reproche...! ¡Qué alma tan pura! —exclamaron las dos damas usando aquella designación con la que se conocía a Selenin en la buena sociedad. — ¿Cómo es su mujer? —preguntó Nejludov. — ¿Ella? No quiero juzgarla, pero no lo comprende. ¿Y también él ha sido de los que ha rechazado el recurso? —prosiguió Mariette con franca compasión—. ¡Es espantoso, y qué lástima me da de ella! —añadió con un suspiro. Nejludov, con un pliegue en la frente y deseoso de cambiar de conversación, habló de Schustova, que acababa por fin de salir de la fortaleza. Después de haber dado las gracias a Mariette por su intervención, se disponía a decir lo horrible que era pensar en lo que había sufrido aquella pobre muchacha y su familia, simplemente porque nadie se había ocupado de ellos. Pero Mariette no lo dejó acabar y ella misma expresó toda su indignación. — ¡No me hable usted de eso! —exclamó—. En cuanto mi marido me dijo que la podían poner en libertad, tuve el mismo pensamiento que usted. ¿Por qué la han detenido entonces, si era inocente? ¡Es indigno, es indigno! —repitió, expresando así el pensamiento de Nejludov. La condesa Catalina Ivanovna se dio cuenta en seguida de que Mariette coqueteaba con su sobrino, y eso la divirtió. — ¿Sabes lo que vas a hacer? —dijo a Nejludov—. Vas a venir con nosotras mañana por la noche a casa de Aline. Estará allí Kieseweter. Y tú también —dijo a Mariette— y continuó, dirigiéndose a su sobrino— Insiste en que todas las ideas que me has expuesto y que yo le he comunicado, son a sus ojos un signo excelente y que con toda seguridad no tardarás en venir a Cristo. ¡Es absolutamente necesario que asistas a la velada! Mariette, dile que venga y ven tú también. —Pero, primeramente, condesa, no tengo ningún derecho para darle consejos al príncipe —replicó Mariette, cambiando con Nejludov una mirada que la ponía de acuerdo con él sobre la manera de entender las palabras de la condesa y sobre su evangelismo en general—. Y además, usted sabe que a mí no me gusta mucho... —Sí, ya lo sé, tú eres diferente de las demás y piensas a tu modo sobre todas las cosas. — ¿Cómo a mi modo? Tengo la misma creencia que una simple campesina —replicó sonriendo—. Por otra parte —continuó—, mañana voy al teatro francés. — ¡Ah! ¿Has visto a esa...? ¿Cómo se llama? —preguntó la condesa. Mariette indicó el nombre de una célebre actriz francesa. —Tienes que ir a verla sin falta. ¡Es asombrosa! — ¿A quién debo ir a ver primero, tía? ¿A la actriz, o al predicador? —preguntó Nejludov con una sonrisa. —Te lo ruego, no des un doble

sentido a mis palabras. —Creo que más vale ir a ver primero al predicador, y después a la actriz —continuó Nejludov—; de lo contrario, se podría perder todo el gusto por la predicación. —No, vale más empezar por el teatro y arrepentirse después —dijo Mariette. —Bueno, no os burléis de mí. ¡La predicación es la predicación, y el teatro es el teatro! Para salvarse no hay necesidad en absoluto de tener la cara larga de una beata y llorar sin cesar. Lo que hay que tener es fe, y entonces ya se es más que feliz. —Pero, tía, usted predica mucho mejor que cualquier misionero. —A propósito, mire usted —dijo Mariette después de un instante de reflexión—. Venga mañana a mi palco. —Me temo no poder... El lacayo interrumpió la conversación para anunciar a la condesa la visita del secretario de una obra de beneficencia de la que ella era presidenta. — ¡OH, qué hombre tan insoportable! Voy a recibirlo un instante en el saloncito y luego volveré con ustedes. Mariette, sírvale tú el té —dijo la condesa, alejándose con su paso rápido y ágil. Mariette se quitó uno de sus guantes y dejó al desnudo una manecita alargada y vigorosa, llena de sortijas. — ¿Quiere usted? —preguntó a Nejludov, poniendo la mano, apartado el dedo meñique, sobre la tetera de plata calentada con alcohol. Su rostro se puso grave y triste. —Nada en el mundo me resulta tan penoso como pensar que algunas personas, cuya estimación me interesa mucho, me confundan con la posición en que me veo obligada a vivir —dijo. Parecía estar a punto de echarse a llorar al pronunciar estas palabras. Y aquella frase, a pesar de su significado tan vago, le pareció a Nejludov llena de profundidad, de franqueza y de bondad, tanto lo impresionaba la mirada de los ojos centelleantes que acompañaba las palabras de la bonita y elegante joven. Nejludov la contemplaba en silencio y no podía apartar sus miradas de aquel rostro. —Usted cree quizá que yo ni lo comprendo a usted ni lo que le está pasando, ¿verdad? Lo que usted ha hecho, todo el mundo lo sabe. Estoy entusiasmada por eso, lo admiro y lo apruebo. —Verdaderamente, no hay motivo alguno. Es muy poco lo que he hecho. — ¡No importa! Comprendo los sentimientos de usted y los de ella... Bueno, no le hablaré más de eso —se reportó, al creer notar un ligero descontento en el rostro de Nejludov—. Y lo que comprendo también es que, habiendo visto de cerca el horror y los sufrimientos de esa vida de los presos —decía Mariette, adivinando con su instinto femenino todo lo que era para él precioso e importante, y con el único pensamiento de conquistarlo—, haya sentido usted el deseo de acudir en ayuda de esas víctimas de la crueldad y de la indiferencia de los hombres... Comprendo que una persona pueda dedicar su vida a esa obra. Yo habría hecho lo mismo; pero cada cual tiene su destino... — ¿Es que no está usted satisfecha del suyo? — ¿Yo? —exclamó, como si la dejaran atónita al hacerle semejante pregunta—. Sí, debo estar satisfecha, y lo estoy. Pero hay un gusano roedor que se despierta. —No hay que dejar que se duerma y hay que creer en esa voz —dijo Nejludov, cayendo en la trampa. Muy a menudo, posteriormente, sintió vergüenza al acordarse de aquella conversación, de aquellas palabras de Mariette que eran menos una mentira que una comedia; de aquel rostro de la joven que expresaba una atención falsamente enternecida mientras él le contaba los horrores de las cárceles y las impresiones de su contacto con los campesinos. Cuando la condesa volvió, Mariette y Nejludov hablaban no solamente como viejos amigos, sino como amigos íntimos, únicos en comprenderse entre la multitud que los rodeaba. Su conversación versaba sobre la injusticia de los poderosos, los sufrimientos de los débiles, la miseria del pueblo; pero en realidad, bajo el murmullo de las palabras, sus ojos no cesaban de interrogarse mutuamente: « ¿Puedes amarme? », y de responder: « ¡Puedo! » Y el deseo sexual, revistiendo las formas más insospechadas y más radiantes, los atraía mutuamente. Antes de marcharse, Mariette repitió a Nejludov que siempre tendría el mayor agrado secundándolo en sus proyectos; insistió para que fuese, aunque sólo fuera un momento, a verla al día siguiente por la noche, en su palco, en el teatro, donde tendría que hablarle, aseguraba ella, de un asunto muy importante. —Por lo demás, ¿quién sabe cuándo volveremos a vernos? —suspiró ella al mismo tiempo que se ponía con precaución el guante en su mano cubierta de sortijas—. Prométame que vendrá. Nejludov se lo prometió. Aquella noche, una vez solo en su habitación, se acostó, apagó la vela y tardó mucho tiempo en dormirse. Al acordarse de Maslova, de la decisión del Senado, de su proyecto de seguirla a todas partes, del abandono de sus tierras, veía, en respuesta a estos pensamientos, alzarse ante él el rostro de Mariette, su suspiro y su mirada cuando ella le había dicho: « ¿Quién sabe cuándo volveremos a vernos? » Y él volvía a ver tan clara, tan vivamente aquella sonrisa, que, durante la noche, también él se sorprendió a veces sonriendo. « ¿Haré bien marchándome a Siberia? ¿Haré bien despojándome de toda mi fortuna? », se preguntaba. Y eran vagas las respuestas que se presentaban a su espíritu, en aquella clara noche de Petersburgo que se filtraba a través de la celosía incompletamente bajada. Todo se embrollaba en su cabeza. Evocaba sus sentimientos de antes y resucitaba sus ideas de otros tiempos; pero estas ideas no tenían ya la misma fuerza convincente. « ¿Y si todo eso no hubiera sido más que imaginación por mi parte, y no tengo fuerzas para vivir así? ¿Me arrepentiré entonces de haber obrado bien? », se preguntaba. Y al no encontrar respuesta, experimentaba una angustia y un descorazonamiento que nunca había sentido hasta entonces. Impotente para resolver todos aquellos problemas, se durmió con aquel sueño pesado con que se dormía en otros tiempos cuando había perdido grandes cantidades jugando a las cartas. XXV A la mañana

siguiente, al despertar, el primer sentimiento que experimentó Nejludov fue la impresión de haber cometido la víspera alguna villanía. Reunió sus recuerdos: no, no había cometido ninguna villanía, pero había tenido villanos pensamientos respecto a sus intenciones actuales, a saber: que su casamiento con Katucha, el abandono de sus tierras a los campesinos, no eran más que quimeras; que él no podría permanecer mucho tiempo en esa disposición de ánimo; que todo aquello era ficticio y que hacía falta vivir como vivía. No había allí actos malos, pero había lo que es peor: los pensamientos que engendran todos esos actos. Se puede no repetir un acto malo y arrepentirse de él; en cambio, los malos pensamientos hacen nacer estos actos. Un acto malo abre simplemente el camino a otros, igualmente malos, en tanto que los malos pensamientos arrastran irresistiblemente por ese camino. Después de haber repasado en su espíritu sus pensamientos de la víspera, Nejludov se preguntó cómo había podido, aunque sólo fuera algunos instantes, prestarles atención. Por desconocida y dificultosa que le resultase la nueva vida que se había propuesto, sabía que era para él la única posible en lo sucesivo, y por fácil que le fuese reanudar su antigua existencia, sabía que eso sería para él la muerte. La seducción de la víspera le causó en aquel momento un efecto semejante al que siente un hombre, todavía lleno de sueño, que se despierta y querría volver a dormirse, o por lo menos quedarse aún en la cama, aun sabiendo que ha llegado la hora de levantarse para un asunto muy importante y muy agradable. Aquel día, el último que debía pasar en Petersburgo, Nejludov se dirigió por la mañana a la calle. Vassili-Ostrov, donde vivía la madre de Schustova. El alojamiento estaba en el segundo piso. Valiéndose de las indicaciones del portero, Nejludov avanzó por sombríos corredores, subió por una empinada escalera y penetró en una cocina sobrecalentada y llena de un fuerte olor de alimentos que estaban cocándose. Una mujer de edad, con delantal, arrezagadas las mangas y con gafas, en pie delante del hornillo, removía con una cuchara el contenido de una cacerola humeante. — ¿Qué desea usted? — preguntó ella con voz severa, mirando por encima de sus gafas. Apenas Nejludov hubo dicho su nombre, el rostro de la mujer expresó a la vez alegría a intimidación. — ¡Ah, príncipe! — exclamó, secándose las manos en el delantal—. Pero, ¿por qué ha venido usted por la escalera de servicio? ¡Usted, nuestro bienhechor! Yo soy la madre. Sin usted, mi hijita estaría perdida. Es usted nuestro salvador— continuó ella, agarrando la mano de Nejludov y tratando de besarla—. Fui ayer a casa de usted; mi hermana me lo había rogado insistentemente. Mi hija está en casa. Por aquí, haga el favor de seguirme —decía la madre de Schustova, guiando a Nejludov por una puerta estrecha, a un pequeño corredor sombrío y arreglándose por el camino ora el jubón arremangado, ora los sueltos cabellos. —Mi hermana es Kornilova —decía en voz baja, deteniéndose ante la puerta—; sin duda ha oído usted hablar de ella. Ha estado mezclada en varios asuntos políticos. Es una mujer muy inteligente. Abrió una puerta que daba al corredor e introdujo a Nejludov en una estrecha habitación donde, ante una mesa, sobre un pequeño diván, estaba sentada una joven, fuerte y de pequeña estatura, vestida con una camisola de indiana a rayas, con cabellos rubios ligeramente rizados que encuadraban un rostro redondo, de una extremada palidez y que se parecía al de la madre. Un joven, con bigote negro y barbita, vestido con una blusa rusa de bordados adornos, estaba sentado frente a ella, echado adelante en la silla, y hablaba con tanta animación, que ni uno ni otro vieron entrar a Nejludov. — ¡Lidia! Es el príncipe Nejludov, el que ha... La pálida joven se estremeció nerviosamente. Echando hacia atrás de su oreja, con un movimiento maquinal, un bucle de cabellos, miró temerosamente, con sus grises ojos, al recién llegado. —Entonces, ¿usted es esa mujer peligrosa por la que intercedía Vera Efreimovna?—dijo Nejludov, quien le tendió la mano sonriendo. —Sí, yo soy —dijo la joven. Y, con una bondadosa sonrisa infantil, su boca descubrió una fila de blancos dientes—. Es mi tía quien deseaba verlo. ¡Tía! —gritó hacia una puerta, con su voz dulce y agradable. — Vera Efreimovna estaba muy apenada por que la hubieran detenido a usted —dijo Nejludov. —Aquí, siéntese aquí —interrumpió Lidia, señalando con el dedo la silla de enea que acababa de abandonar el joven—. Mi primo Zajarov —añadió, para responder a la mirada que Nejludov había lanzado al visitante. Éste estrechó la mano del príncipe con una sonrisa tan bondadosa como la de Lidia. Cuando Nejludov se hubo sentado en el sitio que ocupaba antes el joven, éste cogió otra silla y se sentó cerca de él; luego, de la habitación vecina salió un colegial de rubios cabellos de unos dieciséis años, quien, sin decir palabra, se instaló en el alféizar de la ventana. En el umbral de la habitación contigua apareció en el mismo instante una mujer de blusa blanca, ceñida por un cinturón de cuero, y que tenía un aire inteligente y simpático. — ¡Buenos días! ¡Muchas gracias por haber venido! —exclamó colocándose en el diván, al lado de su sobrina—. Bueno, ¿cómo está Vera? ¿La ha visto usted? ¿Cómo soporta su situación? —Ella no se queja —respondió Nejludov—. Dice que no podría encontrarse mejor en el Olimpo. — ¡Ah, Vera! ¡Qué propio de ella! —dijo la tía sonriendo y meneando la cabeza—. No hay más remedio que quererla; ¡qué carácter tan espléndido! Todo para los demás, nada para ella. —La verdad es que no me pidió nada para ella y no pensó más que en la sobrina de usted. Lo que más la afligía, me dijo, era la monstruosa injusticia de esta detención. — ¡Sí, monstruosa, en efecto! La infeliz ha sufrido por mí. — ¡Nada de eso, tía! —exclamó Lidia—. Yo habría recogido esos papeles aunque usted no me lo hubiese dicho. —Permíteme decirte que estoy mejor enterada que tú de eso —replicó la tía

— Mire usted —dijo a Nejludov—, todo pasó porque cierta persona me rogó que guardase sus papeles en depósito. Como yo no tenía alojamiento, se los dejé a mi sobrina. Pero he aquí que aquella misma noche la policía vino a esta casa y se llevó los papeles y a ella; y ha estado detenida hasta ahora, porque se negaba a decir de quién provenían esos papeles. — ¡Y no lo he dicho! —exclamó Lidia con vivacidad, retorciéndose un bucle de los cabellos que sin embargo no la molestaba en absoluto. —Nunca he pensado que lo hayas dicho —dijo la tía. —Si han cogido a Mitin no es por culpa mía —replicó Lidia, ruborizada y mirando en torno de ella con inquietud. —Pero no tienes necesidad de decirnos eso, Lidia —comentó la madre. — ¿Por qué no? Por el contrario, quiero hablar de eso — declaró Lidia. Ya no sonreía. Toda arrebolada, enrollaba sus cabellos alrededor de un dedo y no dejaba de lanzar miradas inquietas en torno de ella. — ¿Y te has olvidado de lo que ocurrió ayer cuando empezaste a hablar de eso? —En absoluto. Déjame hablar, mamá. ¡Yo no lo dije! Me limité a callarme. Cuando me interrogaron sobre mi tía y sobre Mitin, no respondí nada y declaré que nada respondería. Entonces, ese... Petrov... —Petrov es un soplón, un gendarme y un miserable —dijo la tía para explicar a Nejludov las palabras de su sobrina. —Entonces, ese Petrov — continuó Lidia con emoción y volubilidad —se puso a querer convencerme: «Lo que usted diga no podrá perjudicar a nadie, al contrario. Si usted habla, libertará a unos inocentes a los que tal vez estamos haciendo sufrir sin motivo.» Sin embargo seguí afirmando que no diría nada. Entonces, me dijo él: «Bueno, está bien, no diga nada; pero por lo menos no diga que no a lo que yo diga.» Y se puso a citar nombres, entre los cuales estaba el de Mitin. —Pero no hables más de eso —interrumpió la tía. —Se lo ruego, tía, déjeme que lo diga... Y Lidia no dejaba de tirarse del bucle de cabellos, mirando en torno de ella. —Y figúrense ustedes que al día siguiente me entero de que han detenido a Mitin. Me lo hicieron saber unos camaradas con golpecitos dados contra la pared. Yo me dije: «He sido yo quien lo ha entregado.» Y este pensamiento me ha torturado tanto, tanto, que he creído que me volvía loca. —Pero está demostrado que tú nada tienes que ver con su detención —dijo la tía. —Sí, pero yo lo ignoraba. Y no dejaba de pensar: he sido yo quien lo ha entregado. Iba de arriba abajo por la celda y pensaba: ¡Yo lo he entregado! Me acostaba, me tapaba la cabeza y, a mis oídos, una voz gritaba: ¡tú lo has entregado! ¡Tú has entregado a Mitin! Y por mucho que yo supiera que aquello eran alucinaciones, me resultaba imposible no escucharlas. Quería dormir, no pensar en eso: ¡imposible! ¡Era horrible! —exclamó Lidia, cada vez más agitada y sin dejar de enrollarse alrededor de un dedo una crencha de sus cabellos, para desenrollarla después, lanzando miradas inquietas alrededor. —Lidia, cálmate —le repetía la madre, dándole palmaditas en el hombro. Pero Lidia no podía ya contenerse. —Y lo más espantoso de todo es que... —empezó a decir. Pero un sollozo la impidió acabar. De un salto, se levantó del diván y, después de haber tropezado con el sillón, escapó fuera de la estancia. Su madre la siguió. — ¡Habría que ahorcar a todos esos miserables! —dijo el colegial. — ¿Qué te pasa? —preguntó la tía. — ¿A mí? Nada —respondió; y cogió de la mesa un cigarrillo y lo encendió. XXVI Sí, para la gente joven, este encarcelamiento en celda es una cosa horrible —dijo la tía, meneando la cabeza y encendiendo a su vez un cigarrillo. —Creo que para todo el mundo — replicó Nejludov. —No, para todo el mundo no. Para los verdaderos revolucionarios, y me lo ha dicho más de uno, la cárcel representa por el contrario un reposo y una seguridad. Los sospechosos viven en una perpetua angustia, en la privación, en el temor por ellos, por los demás y por la causa común. Y he aquí que un buen día los detienen y se ha acabado todo: nada de responsabilidad; no tienen más que acostarse y descansar. Conozco a algunos a los que su encarcelamiento ha proporcionado una alegría auténtica. Pero con los jóvenes, con los inocentes, (y son siempre inocentes como Lidia a los que empiezan a detener), la cosa es distinta: el primer choque es terrible. No a causa de la privación de libertad, de los malos tratos, de la falta de ventilación y de alimento; todo eso no sería nada. Incluso si las privaciones fueran tres veces mayores, se las soportaría bastante bien sin ese choque moral que se experimenta con ocasión de un primer encarcelamiento. — ¿Lo ha experimentado usted? —A mí me han cogido dos veces —dijo la tía con una sonrisa dulce y triste—. La primera vez fue sin motivo alguno. Tenía veintidós años, era madre de un niño y además estaba encinta. Por penosas que fuesen entonces para mí la privación de libertad, la separación de mi hijo y de mi marido, todo aquello no era nada comparado con el sentimiento que yo experimentaba al dejar de ser una criatura humana para convertirme en una cosa: quise decir adiós a mi tita y me ordenaron que subiese al coche; pregunté adónde me conducían y me respondieron que cuando hubiese llegado lo sabría; pregunté de qué me acusaban y no me respondieron. Cuando, después del interrogatorio, me desnudaron para ponerme el uniforme carcelario con un número, cuando me hicieron pasar bajo bóvedas, abrieron una puerta, me empujaron adentro, hicieron funcionar la cerradura y se alejaron, no dejando más que a un centinela, fusil al hombro, quien se paseaba silenciosamente y miraba de vez en cuando por la mirilla de mi puerta, un peso me cayó en el corazón. Me acuerdo de haberme sentido especialmente impresionada por el hecho de que el oficial de policía que me había interrogado me hubiese propuesto fumar. Él sabía, pues, que la gente tiene necesidad de fumar; sabía también que los hombres aman la libertad y la luz; sabía que las madres aman a sus hijos, y los hijos a sus madres. ¿Cómo han podido entonces

arrancarme implacablemente de todo lo que me es querido y encerrarme como a una bestia feroz? Es imposible pasar semejante sacudida sin que queden de ella huellas muy profundas. El que creía en Dios y en los hombres y en el amor de los hombres entre sí, no creé ya después de eso. Luego, dejé de creer en los hombres y les guardé rencor —concluyó. Y se puso a sonreír. En la puerta por donde había salido Lidia reapareció su madre, quien anunció que la muchacha estaba demasiado nerviosa y no podría volver. —Sin motivo alguno, han echado a perder esta vida joven —dijo la tía—. Y sufro más aún al pensar que he sido la causa involuntaria de eso. —No será nada. El aire del campo la restablecerá. La enviaremos con su padre. —Desde luego, sin usted, seguramente habría perecido —dijo la tía—. Le estoy muy agradecida por eso. En cuanto a la razón por la que deseaba verlo era para rogarle que entregase esta carta a Vera Efremovna —dijo, sacando un sobre de un bolsillo—. No está cerrada: puede usted leerla y romperla si sus opiniones le impiden aprobar su contenido, pero no he escrito en ella nada que pueda ser comprometedor. Nejludov cogió la carta y, después de haber prometido que la entregaría, se levantó, se despidió y salió. En la calle cerró el sobre sin leer la carta y decidió entregársela a su destinataria.

XXVII El último asunto que retenía a Nejludov en San Petersburgo era el de los miembros de la secta religiosa, a favor de los cuales tenía la intención de hacer llegar una instancia al zar, por conducto de su antiguo camarada de regimiento el ayudante de campo Bogatyrev. Fue pues, a verlo y lo encontró almorzando, dispuesto ya a salir. Bogatyrev era un hombre bajito y vigoroso, de una fuerza física poco común, (era capaz de doblar una herradura), bueno, leal, franco, liberal incluso. A pesar de estas cualidades, era un íntimo de la corte; amaba al zar y a su familia y llegaba, no se sabe cómo, a vivir en aquellas altas esferas no viendo en las mismas más que el lado bueno y sin participar en nada malo ni sucio. No condenaba nunca a los hombres ni los actos; pero, o bien se callaba, o bien hablaba valerosamente, muy alto, casi gritaba lo que quería decir, acompañando a menudo sus palabras con una risa igualmente ruidosa. No lo hacía por táctica, sino porque ése era su temperamento. —Has hecho muy bien en venir. ¿Quieres almorzar? Vamos, siéntate. El bistec es succulento. Yo siempre empiezo y termino por lo substancial. Bueno, por lo menos toma un vaso de vino —exclamaba señalando el jarro de vino tinto—. Y he pensado en tu asunto. Entregaré la instancia yo mismo, en propias manos; es más seguro. Sin embargo, me he preguntado si no te convendría más ir a ver a Toporov. Al escuchar aquel nombre, Nejludov frunció las cejas. Su amigo continuó: —Todo depende de él; de un modo a otro, el asunto tiene que pasar siempre por sus manos y tal vez él mismo pueda complacerte. —Puesto que me lo aconsejas, iré. —Perfectamente. Bueno, ¿qué efecto te produce Petersburgo? —tronó Bogatyrev. —Me siento hipnotizado. —¡Hipnotizado! —repitió Bogatyrev, riéndose a carcajadas—. Bueno, ¿de verdad que no quieres tomar nada? Lo que quieras. —Se secó el bigote con la servilleta—. Entonces irás, ¿eh? Si él no hace nada, me vuelves a traer la instancia y mañana mismo la entregaré —clamó—. Y, levantándose de la mesa, hizo una amplia señal de la cruz, con el mismo gesto inconsciente con que se había secado la boca; luego se ciñó el sable—. Y ahora, adiós, tengo que irme. —Te acompaño —dijo Nejludov, estrechando con agrado la mano ancha y fuerte de Bogatyrev; y, como le pasaba cada vez que lo veía, se separó de él en la escalinata de la casa bajo la impresión agradable de algo sano, inconsciente y fresco. Aunque no esperase nada bueno de su visita a Toporov, Nejludov, siguiendo los consejos de Bogatyrev, se dirigió sin embargo a casa del personaje de quien dependía el asunto de los miembros de la secta. El puesto que ocupaba Toporov presentaba, por su carácter, una contradicción de la que únicamente no podía darse cuenta un hombre limitado y carente de sentido moral. Toporov poseía estas dos cualidades negativas. Esta contradicción inherente a su cargo era la de sostener y defender, con diversos medios y formas, entre los cuales no se excluía la violencia, a la Iglesia instituida, según la definición de la misma, por el mismo Dios, y que no puede ser derribada ni por las embestidas del infierno ni por ningún esfuerzo humano. Y esta indestructible institución divina era a la que debía sostener y defender la institución humana a la cabeza de la cual se encontraban Toporov y sus funcionarios. Toporov no veía o no quería ver esta contradicción y, además, tenía el grave cuidado de impedir que un cura o un sectario destruyesen esa Iglesia a la cual no podían tambalear todas las embestidas del infierno. Como todos los hombres desprovistos de verdaderos sentimientos religiosos, basados sobre la conciencia de la igualdad y de la fraternidad, estaba convencido de que el pueblo se componía de seres absolutamente distintos de él, a los cuales les hace falta aquello de lo que él mismo podía perfectamente prescindir. En el fondo, era un incrédulo, y encontraba ese estado de ánimo muy cómodo y agradable; pero temía que la gente llegase a ese mismo estado, y, según su expresión, consideraba un deber sagrado impedirlo. Lo mismo que en un libro de cocina se dice que a las gambas les gusta que las cuezan vivas, estaba perfectamente convencido, y eso no en el sentido figurado del libro culinario, sino al pie de la letra, de que a la gente le gusta ser supersticiosa. Trataba la religión, cuya defensa tenía encomendada, como el granjero trata la carroña con la que alimenta a sus gallinas: la carroña es muy desagradable, pero a las gallinas les gusta y la comen. Por tanto hay que proporcionársela. Desde luego, el culto rendido a todos esos iconos de Ileria, de Kazán, Smolensko, es una idolatría de las más groseras, pero a la gente le gusta eso, cree en ellos, y por

eso es preciso alimentar esas supersticiones. Así pensaba Toporov, sin caer en la cuenta de que la gente ama las supersticiones precisamente porque siempre hubo y hay aún hombres crueles como él, Toporov, que, instruidos, emplean sus luces no para ayudar al pueblo a salir de las tinieblas de la ignorancia, sino, al contrario, para hundirlo mejor en ellas. En el momento en que Nejludov entró en la sala de espera de Toporov, éste hablaba en su despacho con la superiora de un convento, una aristócrata alerta que propagaba y sostenía la ortodoxia en Polonia entre los Uniates, (Cismáticos de la Iglesia ortodoxa, que reconocen la supremacía del papa aunque conservando el culto exterior del rito griego. —N. del T.), llevados a viva fuerza a la Iglesia griega. Un subordinado de Toporov, que se encontraba en la sala de espera, preguntó a Nejludov para qué había venido, y al enterarse de que éste tenía la intención de enviar al soberano una instancia en favor de los sectarios, le preguntó si no podía enseñársela. Nejludov se la tendió, y el empleado entró en el despacho de su jefe. La monja, de alta cofia, con un largo velo y una cola negra no menos larga, juntando sobre el pecho sus blancas manos de uñas bien cuidadas y entre las cuales sujetaba un rosario de topacios, abandonó el despacho y se dirigió hacia la salida. Nejludov seguía aguardando a que lo hicieran pasar. Toporov leía la súplica y meneaba la cabeza. Se sentía agradablemente sorprendido al observar la redacción clara y firme. «Si cayese en manos del emperador, podría provocar preguntas desagradables y equívocos», pensó después de haber acabado su lectura; y, depositando el papel en la mesa, tocó el timbre y dijo que hicieran pasar a Nejludov. Se acordaba del asunto de aquellos sectarios que ya le habían dirigido una petición. He aquí de qué se trataba. Unos cristianos que se habían separado de la ortodoxia habían sido primeramente reprendidos y juzgados luego; pero el tribunal los había absuelto. El arzobispo y el gobernador habían decidido entonces aprovechar el hecho de que el casamiento celebrado conforme a sus ritos era ilegal para deportar a maridos, esposas a hijos, separando a unos de otros. Y eran estos padres, estos hijos, maridos y esposas los que solicitaban estar juntos. Toporov se acordaba de que al enterarse por primera vez de este asunto había vacilado sobre la solución que convendría darle. Finalmente había pensado que ningún daño había en confirmar la orden de diseminar por diversos lugares a los miembros de una misma familia de estos campesinos. Por otra parte, la estancia de aquéllos en el país natal habría podido tener consecuencias molestas, al arrastrar igualmente al cisma al resto de la población; y, además, este asunto ponía en evidencia el celo del arzobispo. Por eso lo había dejado seguir su curso. Ahora, con un defensor como Nejludov, que tenía poderosas relaciones en Petersburgo, el asunto podía ser presentado al soberano con una luz particular, que haría resaltar la crueldad de la medida; o bien la prensa extranjera podría apoderarse del escándalo. Por eso su resolución fue rápida. — ¡Buenos días! —dijo con aire de hombre muy ocupado, recibiendo a Nejludov de pie y abordando inmediatamente la cuestión—. Conozco este desgraciado asunto. Apenas he leído los nombres, me he acordado de todos los detalles —dijo, tomando la solicitud y mostrándosela a Nejludov—. Le agradezco mucho que me lo haya recordado. Estas autoridades provinciales han cometido un exceso de celo. Nejludov guardaba silencio. Con un sentimiento de hostilidad, miraba la máscara impasible de aquel rostro descolorido. —Y daré orden de que se deje en suspenso la medida para que esas personas puedan volver a sus casas. — ¿Es inútil entonces enviar esta súplica? —En absoluto. ¡Yo se lo prometo! —dijo, recalcando la palabra «yo», convencido de que su lealtad y su palabra eran los fiadores más seguros—. Por lo demás, voy a escribirlo inmediatamente. Haga el favor de sentarse. Se puso a la mesa y empezó a escribir. Nejludov, quien se había quedado en pie, dominaba con su mirada el cráneo estrecho y calvo de Toporov, su gran mano venosa que guiaba rápidamente la pluma, y se preguntaba por qué este hombre indiferente a todo y a todos hacía lo que estaba haciendo. ¿Por qué? — ¡Bueno, ya está! —dijo Toporov, cerrando el sobre—. Anuncie esto a sus clientes —añadió, plegando sus labios en una sonrisa forzada. — ¿Por qué se ha hecho entonces sufrir a esta pobre gente?— preguntó Nejludov, recogiendo el sobre. Toporov levantó la cabeza y sonrió como si la pregunta de Nejludov le causara agrado. —Eso no puedo decírselo. Lo único que puedo responderle es que los intereses del pueblo, confiados a nuestra custodia, son tan importantes, que un celo exagerado en las cuestiones de fe es menos peligroso y menos perjudicial que una indiferencia exagerada respecto a estas mismas cuestiones que se propagan en los últimos tiempos. —Pero, entonces, ¿cómo se puede, en nombre de la religión, olvidar los principios fundamentales del bien? ¿Cómo se puede separar a los miembros de una misma familia? Toporov continuaba sonriendo con condescendencia, como si encontrara encantador lo que le decía Nejludov. Dijera éste lo que dijese, él, desde lo alto de la posición social donde creía dominar, lo habría encontrado siempre encantador, pero obtuso. —Desde el punto de vista de la humanidad particular, eso puede en efecto parecer así; pero desde el punto de vista de los intereses del Estado, la cuestión se presenta muy distinta. Por lo demás, tengo mucho gusto en saludarle —dijo Toporov inclinando la cabeza y tendiendo la mano. Nejludov la estrechó y salió sin decir nada, muy poco satisfecho por haber tenido que estrechar aquella mano. « ¡Los intereses del pueblo! —se decía, repitiendo las palabras de Toporov—. ¡Tus intereses, los tuyos solamente!»). Y volviendo a ver en su espíritu aquella cantidad de gentes sometidas a la

acción de las instituciones que administran la justicia, sostienen la fe y educan al pueblo, desde la tabernera castigada por haber vendido aguardiente sin licencia, y el niño por su robo, y el vagabundo por su vagabundeo, y el incendiario por haber prendido fuego, y el banquero por dilapidación, hasta esa desgraciada Lidia encarcelada simplemente porque se le pedían sacar informes útiles, hasta los sectarios, por su oposición a la ortodoxia, y a Gurkevitch por su deseo de una constitución, Nejludov comprendió con una claridad perfecta que todos aquellos hombres habían sido cogidos, encarcelados y deportados no porque quebrantaban la justicia o violaban la ley, sino simplemente porque impedían a los funcionarios y a los ricos poseer la fortuna extraída en perjuicio del pueblo. Y esto se lo impedían tanto la tabernera que traficaba sin licencia como el ladrón que erraba por la ciudad, y Lidia con sus proclamas, los sectarios que destruían las supersticiones, y Gurkevitch con sus sueños de parlamentarismo. Así Nejludov veía muy claramente que todos aquellos funcionarios, desde el marido de su tía, los senadores y los Toporov, hasta los pequeños señores limpios, correctos, sentados ante sus mesas en los ministerios, no se turbaban en absoluto por el hecho de que, en aquel orden de cosas, tuviesen que sufrir inocentes, sino que se preocupaban sólo de la manera de hacer desaparecer a los adversarios. Lo mismo que para extirpar una parte gangrenada, los cirujanos se ven obligados a cortar en la carne fresca, así, lejos de observar el principio de absolución de diez culpables para evitar condenar a un inocente, (Precepto de la emperatriz Catalina Segunda), se ponía fuera de la ley a diez personas inofensivas para llegar a castigar a un solo individuo verdaderamente peligroso. Esta explicación de todo lo que ocurría en torno de él le parecía a Nejludov muy simple y muy clara; pero precisamente esta simplicidad y esta claridad lo llevaban a dudar de su exactitud. Era imposible que un fenómeno tan complicado pudiese tener una explicación a la vez tan simple y tan espantosa; era imposible que todas aquellas palabras sobre la justicia, el bien, la ley, la fe, Dios, etcétera, no fuesen más que palabras que ocultaban una venalidad y una crueldad flagrantes. (*illinois university town*).

Audiolibro Resurrecci N De Le N Tolst I Segundaparte Cap Tulos Xiv Xxvii

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>